AÑO XII Número 5.829
Número suelto : 25 Francos
Un semestre : 650 »
Extranjero : 850 »
TOULOUSE

EL SOCIALISTA

FUNDADOR : PABLO IGLESIAS

JUEVES 28 JUNIO 1956

Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U.G.T.

A la luz de un informe

Cómo se pudre el régimen

NO le van faltano al régimen del Caudillo cuantos trámites y circunstancias necesita para terminar su existencia con todo el vilipendio que le corresponde. Así le ocurre ahora con esa Declaración o Informe de don Dionisio Ridruejo, figura de primera hora, de primera línea y de primera significación en el falangismo. Ese documento no es clandestino, sino que está dirigido a la Junta Política de Falange; y nos ha parecido tan interesante, tan acusador de la situación interior del régimen y tan esclarecedor para los muchos españoles que nos leen dentro y fuera de España, que hemos aprovechado una excepcional posibilidad para publicarlo, a pesar de que «no está destinado a la publicidad».

De palinodia lo ha calificado Indalecio Prieto, y no ya en acepción peyorativa, sino sencillamente como una más o menos amplia retractación o rectificación de principios que, aceptados inicialmente, se presentan hoy a la luz de una experiencia o de una madurez, como injustamente contrarios a los fundamentos humanos de la democracia, cualesquiera sean las reservas del señor Ridruejo sobre los aspectos formales de ésta. Pero eso sería una cosa suya, aunque de muy marcado interés por la persona de que se trata. Más impresionante parecerá a lo largo de todo el documento la censura y los ataques al régimen por el incumplimiento y por la infracción no sólo de los principios programáticos —continúen o no vigentes en el ánimo del autor— sino también de los más permanentes principios de la decencia.

Ni unos ni otros principios han sido nunca norma de gobierno en la Falange, la cual, por haber llegado al Poder no como una realidad con su fuerza y con su mística propias, sino como una creación falsa e improvisada de la sublevación militar, jamás tuvo marcha ascendente en esa línea parabólica que en las instituciones políticas como en el mundo físico, señala el progreso, el apogeo y la decadencia. La Falange no ha tenido nada de eso. No es difícil leer en el escrito del señor Ridruejo que sus disconformidades no se han producido en curso de ruta, sino que arrancan de los comienzos, lo cual está muy lejos de justificar su conducta desde entonces. Pero eso es otra cuestión. Lo que importa es señalar que la Falange es condenable por su propia naturaleza, por los orígenes inicuos de su poder, por su actuación criminal y corrompida sobre el pueblo español. No se trata, porque no ha lugar a ello, de condenar una supuesta decadencia o una supuesta desviación.

No es decadente sino lo que decae, o sea lo que desciende y se degrada después de haberse mantenido un tiempo en la altura de unos principios. No se desvía sino lo que ha hecho ya una trayectoria dentro de la línea de un camino. No se deforma sino lo que ha tenido forma definida. Para todo eso hay que partir de una vigencia actuante de los principios; pero cuando éstos sólo han sido una ficción para cubrir un asalto, no hay ni puede haber decadencia, ni desvío ni deformación; sólo hay fraude que en el caso del francofalangismo es un fraude espantoso por los caracteres y consecuencias que ha tenido.

El convencimiento y la execración de ese fraude no está ya solamente en el sentimiento y en el pensamiento, sino también en los labios de los españoles. El crédito del régimen desciende los últimos grados. Hasta el miedo, que fué aliado suyo, se pasa ahora al campo enemigo. En tales circunstancias puede imaginarse lo que para él representa la difusión del incisivo informe del señor Ridruejo.

Mucho menos que cuanto está ocurriendo hubiese bastado para dar en tierra con la carcomida Falange si ésta tuviera existencia y responsabilidad propias. No es así, y bien se ha visto en el pasado mes de febrero, cuando ella ha contenido sus desmanes ante una conminación del Ejército. A cargo de éste existe, pues, la Falange, en espera de la oportunidad de cargarla, en un final expiatorio, con todo el mal que se ha hecho en España. Por eso mismo el Caudillo, muy a pesar suyo, tiene que conformarse ahora con ser el jefe de la Falange más bien que el del Ejército.

Bien dice Ridruejo que la seguridad del régimen está «tan poco entrañada en la justicia, que se tambalea al menor soplo, sin otro recurso que el de la fuerza material y directa, y no se sostiene en ningún fundamento verdadero». La sostiene, es cierto, en sus tambaleos —en vilo y sin «fundamento verdadero»—, la fuerza material del Ejército que, para descargarse en ella, la condena a pudrirse en pie. Y es fama en Madrid —no ya en corrillos irresponsables sino en boca de personalidades muy representativas— que una repentina comprensión de la realidad produce en el Caudillo reacciones terriblemente histéricas, sobresaltos no de una conciencia moral que no tiene, sino de la conciencia instintiva que lo atormenta. Es que también el Caudillo se pudre con la Falange.

EN el acuerdo diplomático francomogrebino —uno de los complementos de la declaración de independencia de Marruecos— quedó establecido entre otras cosas que Francia se encargará de la defensa de los súbditos e intereses marroquíes en países donde el imperio serifiano no tenga representación permanente y que el sultán reconocerá al embajador francés en Rabat la calidad de decano del cuerpo diplomático en dicha capital.

Estas dos cláusulas constituyen dos bofetones para Franco, quien se había hecho ilusiones de tener bajo su tutela a Mohamed V. Con objeto de lograr tal decanato, se le extendieron con todo apresuramiento a Felipe Alcover, cónsul franquista en Rabat, las credenciales de embajador. Siendo el primer embajador, sería decano. Pero, pese a tan indecorosa prisa, propia de una carrera ciclista, el decanato le fué reservado en forma estatutaria a Francia.

El Caudillo no pudo reprimir ni supo disimular su ira y ordenó al propio Alcover que protestara contra la relegación. «El Gobierno español entiende —dice una referencia oficiosa de la protesta— que no está en mano de ningún Estado el conceder a otro preferencia semejante sin la aquiescencia de los demás países acreditados ante aquél.»

Así, en efecto, debiera ser, y lo usual es que el decanato recaiga automáticamente sobre aquel embajador que entre todos los actuantes en una capital sea allí el más antiguo, con lo cual, manteniendo el sentido originario de semejante denominación, se prescinde de preferencias lastimadoras y se ahorran consultas fastidiosas.

Pero quien no puede alegar nada de esto es precisamente el Caudillo. Probablemente, la cancillería mora hará caso omiso de la nota reclamatoria, mas si quisiese contestarla le bastaría hacer recordar a Franco el Concordato entre Roma y Madrid firmado el 22 de agosto de 1953, cuyo artículo III, en su párrafo 2, dice así: «Para mantener, en la forma tradicional, las amistosas relaciones entre la Santa Sede y el Estado, continuarán permanentemente acreditados un embajador de España cerca de la Santa Sede y un nuncio apostólico en Madrid. Este será el decano del cuerpo diplomático en los términos del derecho consuetudinario.»

De modo que Muley ben Yusef ha hecho en mayo de 1956 exactamente lo mismo que en agosto de 1953 hizo Francisco Franco, quien ha corrido gran ridículo ante todas las cancillerías observadoras, no sólo por la postergación que el sultán le ha impuesto respecto de Francia, sino por haberse olvidado de la concesión que él otorgó al Papa.

Otro indisculpable descuido

ESE olvido del Concordato surgió pocas semanas después de haber incurrido en otro también muy significativo, el propio Gobierno franquista. Cumpliendo órdenes de Madrid, el gobernador civil de Guipúzcoa dispuso que fuesen desterrados varios sacerdotes guipuzcoanos por alentar a los trabajadores en su huelga de protesta contra el irrisorio aumento de salarios decretado gubernativamente y cuyo simple anuncio motivó una subida de precios en mucho mayor escala, resultando que tal alza se convirtió prácticamente en baja. Pero el obispo de San Sebastián, señor Font, hubo de advertir a las autoridades que, con arreglo al Concordato, ni ellas ni los tribunales de justicia podían, por sí y ante sí, imponer ninguna clase de castigos a sacerdotes católicos.

Efectivamente, el susodicho convenio, en los apartados 3 y 4 del artículo XVI, reza: «El Estado reconoce y respeta la competencia privativa de los tribunales de la Iglesia en aquellos delitos que exclusivamente violen la ley eclesiástica, conforme al cánon 2198 del Código de derecho canónico. Contra las sentencias de estos tribunales no procederá recurso alguno ante las autoridades civiles. - La Santa Sede consiente en que las causas criminales contra clérigos y religiosos por los demás delitos previstos en las leyes penales del Estado, sean juzgados por los tribunales del Estado. Sin embargo, la autoridad judicial antes de proceder deberá solicitar, sin perjuicio de las medidas precautorias del caso y con la debida reserva, el consentimiento del ordinario del lugar en que se instruya el proceso. En caso de que el ordinario, por graves motivos, se crea en el deber de negar dicho consentimiento, deberá comunicarlo por escrito a la autoridad competente. El proceso se rodeará de las necesarias cautelas para evitar la publicidad...»

Constituyendo en España las huelgas un delito de lesa patria, cualesquiera instigaciones para sostenerlas son también delictuosas.

No se crea, sin embargo, que la referida advertencia episcopal obedeció a que el ordinario estuviera conforme con la actitud de los sacerdotes aludidos. Nada de eso. Lo que hizo fué defender el fuero concordatorio, un fuero absurdo que hace de los curas ciudadanos privilegiados hasta el punto de no poder procesárseles por delitos comunes sin permiso del correspondiente jerarca eclesiástico.

En la huelga de 1951 hubo en Guipúzcoa deportaciones y detenciones de sacerdotes por actos análogos a los que ahora se ha querido punir gubernativamente y entonces aquel obispo no se interpuso para evitarlas por no existir aún el Concordato donde se han inscrito tamañas sumisiones estatales.

Como los trabajadores no tienen Concordato que les ampare, nadie ha podido impedir que muchos operarios guipuzcoanos y vizcaínos hayan sido deportados a consecuencia de las huelgas de abril último, las más extensas habidas desde que Franco ocupa el Poder.

Novedades

Sociología original

Por Indalecio PRIETO

El color de las sotanas

EL prelado de San Sebastián, luego de impedir que fuesen castigados gubernativamente dichos sacerdotes, les impuso por su cuenta sanciones disciplinarias. El episcopado español hállase servilmente a las órdenes de Franco. Esto lo ha evidenciado más claramente todavía el obispo de Bilbao, señor Gurpide.

Cincuenta sacerdotes que ejercen su ministerio en la zona fabril de Vizcaya le dirigieron una carta diciendo que muchos técnicos opinaban que los obreros tenían razón al pedir aumento mayor de retribución que el acordado por el Gobierno, pues la diferencia entre el poder adquisitivo de los jornales y lo que debiera ser el mínimo vital es escandalosamente injusta.

«En estos veinte años —agregaban los curas firmantes—, los obreros españoles únicamente han cosechado desilusiones. El último aumento de salarios lo estiman un desaire y un insulto. La respuesta a sus demandas ha sido la represión... Nos reprochan que no se haya alzado la voz de la Iglesia y nunca nos perdonarán que la Iglesia continúe sin hacerse oír.»

El redactor del «New York Times» Camille M. Cianfarra, que adquirió copia de esta carta durante una jira informativa por el País Vasco, añade: «Se dice que monseñor Gurpide, en una reunión con sus sacerdotes, les explicó que, habiendo sido violada la ley por los obreros con su táctica de producción lenta, no podía permitir que el clero apoyase una actitud considerada ilegal por el Gobierno.»

Ante lo que el clero bajo reputa escandalosa injusticia, el alto clero cierra los ojos. A los obispos no les impresiona la injusticia; sólo les interesa servir como agentes incondicionales de Franco. ¿Acaso no le deben sus nombramientos? Diga lo que diga el Sumo Pontífice en sus encíclicas de carácter social, ellos se atienen a las órdenes del Gobierno, Más que prelados, son gendarmes.

La Iglesia no escapa a los desgarramientos que se están produciendo en España. Hace poco fueron expulsados de un seminario ocho seminaristas que manifestaron disconformidad con el franquismo. Y la actitud del bajo clero guipuzcoano y vizcaíno con ocasión de las recientes huelgas, actitud frenada por los obispos, ¿no es señal de desgarraduras? Los ministros de la Iglesia ven el panorama español según el color de sus sotanas. Los humildes curas lo ven muy negro.

Cifras — desoladoras

MUY recientemente, las Naciones Unidas publicaron una estadística sobre el tiempo de trabajo que es necesario en diversos países para adquirir con la retribución del mismo determinados alimentos. Limitémonos aquí a comparar con los de España los datos de naciones tan similares a ella como Francia e Italia.

Para adquirir un kilogramo de pan se necesita en Francia trabajar 18 minutos; en Italia, 41 minutos, y en España, 1 hora y 9 minutos. Para un litro de leche, 14, 27 y 44 minutos respectivamente. Para una docena de huevos, 2 horas, 2 horas y 27 minutos y 4 horas y 5 minutos. Para un kilogramo de patatas, 8, 16 y 22 minutos. Para un kilo de carne de vaca, 4 horas y 40 minutos, 6 horas y 45 minutos y 7 horas y 36 minutos. Y en análogas proporciones la carne de cerdo, la de cordero, el azúcar y la grasa.

¿Que, por su origen internacional, dudan de esas cifras los franquistas recalcitrantes que desde esta orilla del Atlántico ven en España el más maravilloso paraíso? Ofrezcámosles otras, también oficiales, de origen nacional.

Por tercera vez en el transcurso de estos últimos años, el Consejo Superior de las Cámaras de Comercio de España ha calculado el poder de compra de los salarios españoles en comparación con los de otros ocho países, tomando por base de cálculo el salario medio semanal y aplicándolo a una lista de veintiún artículos, entre los que figuran desde el pan y la leche hasta un traje para hombre, pasando por el cine, el tabaco, los periódicos, etcétera.

Para comprar estos veintiún artículos hace falta trabajar en España 572 horas y 17 minutos; en Italia 380 h. y 21 m.; en Francia 322 h. y 25 m.; en Holanda, 168 h. y 31 m.; en Suiza, 166 h. y 49 m.; en Alemania, 149 h. y 12 m.; en Suecia, 148 h. y 29 m.; en el Reino Unido, 145 h. y 8 m., y en los Estados Unidos 61 h. y 37 m.

Tomando por unidad la cifra de España, el poder de compra de una hora de trabajo en los Estados Unidos es nueve veces mayor, el del Reino Unido, Alemania y Suecia es cuatro veces mayor, el de Suiza y Holanda es tres veces y media mayor y el de Francia e Italia es vez y media mayor.

Sin embargo, el coeficiente ha mejorado en otros países, pero no en España, donde permaneció invariable en 1955. Tomando por uniddad el coeficiente de España en ese año resulta que los Estados Unidos pasaron en el curso de dicho año de 7,08 a 9,32, en Francia de 1,42 a 1,77, Reino Unido de 3,10 a 3,94 e Italia de 1,11 a 1,50.

El Boletín de Prensa de Euzkadi, que ha compendiado todos esos datos y de donde yo los tomo, cierra su compendio con las siguientes palabras: «A pesar de que, según los cálculos anteriores, el poder de compra del salario-hora es en Francia sólo una vez y media mayor que en España, las estadísticas de las Naciones Unidas consignan que el kilo de pan exige en España seis veces más trabajo que en Francia, la leche y las patatas tres veces, el kilo de azúcar cinco, etc.»

Pero la situación se resume aún mejor recordando que España, el país de mayor producción de aceite de oliva —el aceite más nutritivo y más sano, circunstancia por la cual antiguamente se consideraba árbol sagrado al olivo—, apenas se consume ya allí, donde sólo gentes adineradas pueden comprarlo. El aceite de oliva español se vende casi totalmente en el extranjero, siendo sustituído desde los Estados Unidos por aceite de algodón y de otras plantas.

Los gachupines que vuelven a Méjico deslumbrados por el esplendor y colorido de la sin par feria de Sevilla, no se dan cuenta de que las freidurías y buñolerías sevillanas huelen a fábrica. Es que en sus sartenes hierve un aceite más propio para lubricar cojinetes que para freír pescado o tostar churros

Los métodos franquistas

FRANCISCO Franco declaró públicamente que prohibía a las empresas subir los salarios por encima del veinte por ciento que magnánimemente había concedido él, pues se ocasionarían aumentos en el costo de la vida. Lo chusco es que bastó anunciar ese aumento para que los precios de artículos de consumo se elevaran hasta un treinta por ciento. Y es que con el régimen franquista, pese a su autoritarismo, impera en la economía un desorden anárquico. En la monarquía con trono vacío inventada por Franco hay un rey efectivo: el especulador.

El veinte por ciento de aumento decretado no pasa efectivamente de la mitad porque es sobre el salario base, sin alcanzar el subsidio familiar, y porque el obrero español para comer, aunque sea condimentado sus alimentos con aceite de algodón, se ve obligado a trabajar horas extraordinarias cuya remuneración tampoco está afectada por el aumento gubernativo. Es decir, aquel obrero que, merced a horas extraordinarias de labor, ha visto derribarse la jornada máxima legal, debe hacer frente con un diez por ciento de aumento en sus jornales a una elevación inicial del treinta por ciento en el costo de la vida.

Otra circunstancia digna de anotarse en cuanto a las huelgas del País Vasco es que en Vizcaya se ceñían a grandes fábricas siderúrgicas y vastas factorías metalúrgicas, de construcción naval y de elaboración de productos químicos, y en Guipúzcoa, predominantemente, a industrias papeleras y otras que construyen armas, máquinas de coser, motocicletas, vagones, etcétera, sin que nadie pueda imaginarse por qué cualquier mejora en el pago de la mano de obra en esos ramos ha de ser causa, y menos inmediatamente, de que encarezcan el pan, la leche, los huevos, las patatas... Franco, advirtiendo mediante su omnisciencia, que esas repercusiones eran inevitables, decidió cortarlas violentamente. A juicio suyo, no debe mejorarse la retribución de los productores porque ello equivale a encarecer los productos.

Pero, en cambio, pueden ser mejorados sin peligro los sueldos de quienes nada producen. No produciendo nada no encarecerán ningún producto si cobran más. Bajo lógica tan aplastante, a raíz de negarse a elevar el salario de los trabajadores, Franco hizo aprobar en las Cortes una ley aumentando los haberes de militares y funcionarios civiles en una escala que llega hasta el ochenta por ciento.

¿Cabe sociología más original? La palabra «sociología» fué inventada por Augusto Comte. Yo he conocido, y conozco, a muchos cucólogos disfrazados de sociólogos. Pero esos cucólogos solamente aspiran a su personal sustento haciéndose pasar por hombres duchos en la nueva ciencia. La aspiración de Franco es mucho más amplia e infinitamente más genial. Consiste en mantener todo su régimen a base de que los productores mueran de hambre y los no productores vivan con hol-

(Pasa a la segunda pág.)

Cruz y raya

MAL DE COREA

No nos referimos al baile de San Vito aunque para los médicos ese título sea equivalente. Aludimos directamente al mal que está sufriendo el país Corea bajo la dictadura del viejo déspota Syngman Rhee, sostenido fundamentalmente en su puesto de mando por imperialistas extranjeros.

El pasado 15 de mayo ha habido elecciones presidenciales en Corea del Sur. El anciano «zorro» Rhee ha resultado elegido presidente por 4.958.000 votos. Pero la oposición, a despecho de las medidas de corrupción y de intimidación, ha obtenido un éxito que debe inquietar a los amigos yanquis de aquél. En efecto, el candidato del partido progresista, Cho Bong Am, que tuvo que esconderse durante la campaña electoral para no ser asesinado reunió 2.119.000 sufragios, y el candidato del partido demócrata, muerto misteriosamente durante la campaña electoral, Chiniky, recogió 1.822.000.

Para el puesto de vicepresidente, el candidato de Syngman Rhee fué derrotado por el de la oposición, Chang Myun, del partido demócrata, con 200.000 votos de diferencia.

Syngman Rhee no sería capaz de obtener la mayoría a base de elecciones generales controladas y correctas.

De España

La mosca en la sopa

El comercio exterior. — En 1955 España acrecentó sus exportaciones hacia Inglaterra en 4.650.000 libras esterlinas. Las exportaciones inglesas en España crecieron en el mismo ejercicio en 6.059.000 libras. El volumen total de lo exportado por España hacia la «pérfida Albión» suma 46.349.000 libras y lo importado en España de fuente británica llegó a los 31.013.000. Se liquidó el balance con un saldo favorable a nuestro país de 15.336.000 libras esterlinas.

La política comercial opera aquí como una corriente subálvea que marcha en dirección contraria a las visibles aguas del río. El río de la política internacional francofalangista tiene siempre, a pretexto de Gibraltar, la dirección y el sentido de la agresión permanente. Todas las ocasiones son buenas en la prensa del Caudillo para insultar y calificar malévolamente la conducta del Estado británico. Comerciantes e industriales, por el contrario, intensifican el comercio con ese país. Todo parece indicar que la lógica comercial y la del francofalangismo son opuestas, enemigas o no siguen igual camino. Sin embargo, no es disparate suponer que la agresividad de la segunda no tenga otro objetivo que favorecer la primera. «Viéndonos enfadados los ingleses, que necesitan de todo el mundo, se esforzarán en apaciguarnos. Nos comprarán más, aunque eso vaya contra la preocupación inglesa de reducir el tren de vida del país para no mermar las reservas de oro y divisas.» Así deben pensar los técnicos francofa-

(Pasa a la segunda pág.)

Consejo para vencedores

«ABC» 12 junio, comentando los sucesos de la Argentina, ha publicado precisamente en un editorial estos interesantes párrafos que, en su caso, no sólo parecen una sarcástica y propia justificación, sino también un extraño consejo para vencedores futuros.

«La siembra del peronismo no ha podido dar buena cosecha. Todos los que saben algo de historia conocen el eterno descontento de los «demi-solde» o sea, de los oficiales de Napoleón, puestos en situación de reserva por la restauración borbónica. No es sorprendente que en Argentina se haya repetido la repulsa mediante la tentativa que acaba de fracasar.

»Es probable que el mal se hubiera evitado —por lo menos en su manifestación externa— sin el lema de «ni vencedores ni vencidos», en sí mismo generoso, pero lleno de peligro. A los vencedores hay que ofrecerles la satisfacción de la victoria tan caramente conseguida, y al vencido hay que dejarle entender que lo es, no decimos que con crueldad, aunque sí con el vigor necesario para que renuncie a la ilusión de volver al poder. El lema que indicamos es realmente inútil, porque el vencido sabe que lo es y por serlo busca desquite. No admite que «se le perdone la vida», pues aspira a mucho más, siempre que no vea con suficiente claridad que debe «dasciar ogni speranza».

Escribe Arthur GAILLY

En el semanario «L'Action», de Charleroi, el batallador diputado socialista belga y gran amigo nuestro Arthur Gailly continúa incansablemente, con su vigoroso y tajante estilo, fustigando a los reaccionarios de toda laya, de dentro del país y de fuera de él. Suelen ser muy frecuentes en sus trabajos las increpaciones a la España franquista y al alto clero católico que le cubre con su protección. De dos de ellos, recientemente publicados, tomamos algunos pasajes.

PIO XII Y FRANCO

Tras un breve análisis de la ceremonia dedicada a mediados de mayo por el Madrid católico al Papa con ocasión del 80 cumpleaños de éste y de reproducir varios párrafos del mensaje dirigido por Su Santidad a los manifestantes, comenta Gailly:

«... Bajo el signo de la caridad, de la solidaridad, amando la justicia, atenuando las amarguras de los que sufren...

¡Qué de palabras piadosas para esta España mártir, para los acosados, para los encarcelados, para el 1.600.000 muertos, asesinados con el concurso de los fascistas de Italia, de los nazis de Alemania, para un pueblo abatido, aterrado, hambreado por el más villano de los dictadores!

Y, en fin, la bendición...

La bendición para los fieles al régimen sostenido, alabado por el Santo Padre y por la Iglesia.

Bendición para la autoridad de Franco y sus esbirros, que reciben así la absolución por todos sus maleficios.

Maldición para todos los demás, para las decenas de millares de seres que exacran a sus verdugos.

¡Y se llama a eso la caridad cristiana!

¡Oh, Jesús, cuántos crímenes y torpezas se cometen en tu nombre!

¿Qué de asombroso tiene, en estas condiciones, el hecho de que millones de víctimas pierdan su fe, deserten de los templos y asocien en una misma reprobación al régimen y a sus soportes?»

VALDRIA TAMIEN PARA LA ESPANA FRANQUISTA

El titulillo es nuestro. Gailly, refiriéndose a los clericales belgas, dice:

«La sola diferencia que hay entre estos devotos hipócritas y nosotros, es la que va desde nuestra tolerancia a su intolerancia.

Añadamos que si la Iglesia católica romana no se hubiera jamás acupado sino de sus preces y oraciones, no pasaría por el descrédito de que se queja.

Este descrédito no es más que el precio justamente pagado por todos sus compromisos y sus agresiones dirigidas contra los débiles en provecho de los poderosos.

No les hubiera llegado esta desventura si no hubiesen menospreciado y triturado la enseñanza de Cristo.

Estos mercaderes del Templo yerran lamentándose y gimiendo.

Tienen lo que han merecido.

Si Jesús estuviese ahí, los flagelaría como flageló a los fariseos.

Vendría a la Casa del Pueblo y... nosotros le estrecharíamos la mano.»

VI Congreso de la U.G.T.

La Comisión Ejecutiva de la UGT ha depositado el día 20 del actual en los servicios de Correos de Toulouse los ejemplares de la Memoria del VI Congreso, así como las credenciales en blanco para los delegados.

Los Grupos y Secciones que no hayan recibido dichos documentos al leer esta nota, deben hacer la oportuna reclamación a la Comisión Ejecutiva.

Toulouse, 21 junio 1956.

Comentario

Los Santos y el regadío

EN Bilbao han tenido lugar unas «Jornadas Sociales Católicas de Ingenieros y Técnicos». Sin duda, las influencias de lo católico sobre la Filosofía o sobre el Derecho nos las explicaríamos más fácilmente que sus conexiones con la Ingeniera. Pero en ésta no todo es hormigón armado, y la actual amplitud de su ejercicio suscita problemas y aun perplejidades de carácter social y hasta de conciencia. Una de estas graves cuestiones ha sido expuesta, como de primera importancia, en el discurso inaugural, por el ingeniero don Fernando Martín-Sánchez.

Se ha ocupado este señor de la mala situación que, por falta o insuficiencia de trabajo, padece un millón de campesinos españoles, y de la necesidad de resolverla por medio de migraciones interiores hacia nuevos regadíos y hacia nuevas zonas industriales. Pero esta solución de tipo técnico levanta otro grave problema, no tanto sentimental, por abandono del país, como religioso, por separación de los Santos tutelares. A este respecto, el señor Martín-Sánchez —según «ABC» de 8 de junio— ha pronunciado estas justas palabras:

«La migración interior en masa, que es inevitable, plantea graves problemas religiosos, por desarraigo de los Santos y los santuarios tradicionales, bajo cuya influencia nacieron y aprendieron a rezar los emigrantes.»

He aquí un interesante caso de repetición de la Historia, por el que nos sentimos ante aquella antigüedad remota en la que los dioses de la ciudad terminaban su influencia en los límites jurisdiccionales; en la que el extranjero carecía de protección divina; en la que el desterrado, el condenado a morir fuera de la tierra patria, sentía sobre sí la angustia de no compartir con su familia la ultratumba de sus antepasados.

Luego vino el cristianismo con su Dios único presente en todos los lugares, en todas las horas y en todos los acaecimientos. Aquello era bueno; pero la Iglesia —acaso con la mejor intención— descentralizó el Poder divino. La Virgen, los Santos... De la Virgen, muchas variaciones, y de cada variación, como de cada Santo, innumerables imágenes; unas, con méritos para ser coronadas canónicamente, otras no; unas más milagrosas que otras, y algunas, milagrosísimas. Y en ciertas ciudades y pueblos españoles, competencia entre dos Poderes milagrosos que, como los toreros de cartel o como los equipos de fútbol, dividen a los devotos en dos bandos.

Así se ha llegado a esta lamentable situación de los ciudadanos que al dejar su pueblo para trabajar en otro, no sólo padecen los inconvenientes de cambiar de peluquero sino también los más graves de cambiar de divinidades. Allí dejan a aquel Santo que los conocía desde pequeños; a aquella Santa Polonia que les aliviaba el dolor de muelas... Y en el nuevo poblado que surge del regadío encontrarán un Santo recién tallado; un Santo sin experiencia, sin historia, y sin milagros, que no se sabe cómo resultará.

Grave problema es ése, que oscurece la creación de los nuevos regadíos y de las nuevas zonas industriales. Bien hace el señor Martín-Sánchez en ocuparse de él, y acaso caiga en la cuenta de que la solución está en que vuelva Cristo y restablezca el cristianismo.

Pericles GARCIA

EL CORREO PIRENAICO

POR PACHI EL DE ARCHANDA

EL diario alfabético ha tenido un descuido —seamos indulgentes con los esclavos— que no creemos ha pasado inadvertido para sus lectores, pero hay que convenir en que constituye una vergüenza más, otra prueba del falso patriotismo y de la sinrazón con que, frecuentemente, los galeotes de la indecente prensa franquista han de enjaretar sus realizaciones a fin de que las digestiones del tirano sean fáciles y tranquilas. Lleva una mala temporada. La patada de Mahomet V, y los estudiantes, intelectuales y las huelgas —que no «faltas laborales»—, tienen a Franco en vilo, cual lo demuestran sus recientes desahogos por tierras andaluzas. Sus hondas preocupaciones —no es para menos— le impidieron asistir a la sesión de clausura de la Asamblea de Academias de la Lengua. Lo sentimos por Belaunde, un peruano muy católico, quien ha afirmado muy seriamente, como casi todos los católicos, que durante «el dominio rojo» fueron ejecutados nada menos que **tres millones** del otro bando. Y se quedó tan fresco. Los hay...

Pero dejemos al enfurruñado déspota y vamos con «ABC», en el que, semanalmente, aparecen, en una plana, caricaturas de personajes que destacan, en dicho corto lapso de tiempo, en literatura, artes, teatro, deportes y otras actividades.

Con motivo de la reunión de Academias de la Lengua española, uno de los representantes de una nación latinoamericana propuso se rindiera un homenaje a don José Ortega y Gasset, aceptándolo la Asamblea, la cual lo hizo extensivo a Concha Espina, Blanca de los Ríos y Menéndez Pelayo. Nada tenemos que objetar a que el homenaje a Ortega y Gasset hubiera de extenderse. La iniciativa se llevó a efecto. Y en la página objeto de nuestro comentario aparecieron las caricaturas de Pemán, Menéndez y Pelayo, Concha Espina y Blanca de los Ríos. Pero quedó olvidada la de Ortega y Gasset por la dirección de «ABC». ¡Oh, manes de Satán! El enemigo es implacable, no perdona. ¡Y cómo cacarean su cristianismo! Pero falso. Hipócrita.

¿Qué significado tiene que Ortega y Gasset no apareciera junto con sus compañeros de homenaje, al que fueron arrastrados por mezquinas pasiones? Porque el proponente sólo se acordó de don José Ortega y Gasset. Una vergüenza más cual aquellas de antes y después de su fallecimiento, que emanaron de la Dirección General de Prensa, donde tanto se baboseaba el patriotismo.

¿Por qué «ABC» ha omitido la caricatura de Ortega y Gasset? ¿No era una figura eminente de las letras españolas? ¿Era, acaso, menos docto que las otras figuras? ¿Estas, por ventura, aventajaron en el sentimiento patriótico al insigne español? ¿Quién es capaz de negar el auténtico valor espiritual del eximio profesor, de fama universal?

¿La dirección de «ABC» estima que Ortega y Gasset reunía inferiores títulos, como español y acendrado patriota, que el fantasmón de Franco? Este ha vendido parte del territorio español a Norteamérica para sostenerse en la Jefatura del Estado; su cambio Ortega y Gasset, renunció a su cátedra por decoro, por dignidad, por defender la libertad de la cátedra y no acatar al tirano. Así se ensañan con él. ¿Es eso caridad cristiana? ¿La entiende así el mentecato Arias Salgado, ministro de Información, ex seminarista, y el menguado Gómez Aparicio, su acólito, director general de Prensa? Y España, soportando pacientemente a esa pareja de beocios suministrando retahílas periodísticas dignas del Estado de Babia. Así se explica su escasa venta y difusión, y, asimismo, su desarraigo en la opinión.

Lo que trae, como consecuencia, el enseñoreamiento del gamberrismo, al que se viene dedicando bastantes páginas sin resultado positivo; pero el gamberrismo empieza en las alturas, aunque otra cosa crea el padre Félix García, quien, en el mismo periódico, recientemente, comentaba con bastante acierto diversos casos observados por él, olvidándose de apuntar a las alturas. Porque, indudablemente, la desconsideración, la injusta preterición de que ha sido objeto don José Ortega y Gasset —exculpamos al director de «ABC» porque, como esclavo, es forzoso que obedezca a la pareja de beocios citados anteriormente, por razones estomacales— es, sencillamente, un hecho del más auténtico **gamberrismo.**

La mosca en la sopa

(Viene de la primera pág.)

langistas de comercio exterior. Y si fuera así, dan en el clavo. También es verosímil que los engañados no sean los ingleses, sino los españoles. Aquéllos tienen seguramente mucho interés en acrecer su deuda con España. Todo el mundo sabe cuán gentiles somos todos con las personas que nos deben dinero y que pueden decirnos un día que no nos pagan sin que podamos hacer nada contra tal actitud. Inglaterra podría decirle un día a España, a la España del Caudillo, «o te callas o no pago». Es un supuesto poco verosímil; pero no totalmente imposible.

El saldo de la balanza comercial con Inglaterra bien puede España invertirlo en la zona de la libra, como sería aconsejable que lo invirtiera en bienes de producción, en maquinaria, en la que los ingleses no son torpes y de la que tan necesitada está, entre otras, la industria textil catalana.

Pero con saldo o sin él, merece ser subrayado el hecho de la aparente o efectiva contradicción entre la política exterior e interior del Caudillo y la política comercial de los particulares, que, sin embargo, no pueden negociar con el exterior sin esas famosas licencias que, siendo privilegio y beneficio de los paniaguados del régimen, se venden a precios fabulosos.

El rendimiento de las inmoralidades. — «Manufacturas Metálicas Madrileñas, S. A.» hizo en 1955 un ejercicio verdaderamente rentable. Es, además, una sociedad con estrechas relaciones con «Aluminio Ibérico, S. A.». Las empresas que temen la presión fiscal si sobrepasan cierto límite en los beneficios, crean otras sociedades industriales o comerciales, independeintes jurídicamente, pero, de hecho, subordinadas a las directrices de las empresas creadoras. Las empresas filiales sirven de tapadera para disimular el exceso de beneficios, al mismo tiempo que montan negocios complementarios que constituyen una especie de seguro contra la incertidumbre del futuro. Por otra parte, las inversiones gozan del privilegio de exoneraciones fiscales, con lo cual los rentistas conservan su capital, su renta, sin sufrir las mordidas del fisco. Algo así ha de existir entre las citadas empresas para que los accionistas de una tenga carta de privilegio en la otra.

Don Nicolás Franco, embajador caudilial en Lisboa, es consejero de Manufacturas Metálicas Madrileñas. No vemos qué puede aconsejar desde Lisboa, ni qué relación puede haber entre la diplomacia y las finanzas industriales; pero alguna existirá puesto que otro embajador, don Félix de Lequerica, es también consejero de uno de los Bancos españoles.

Manufacturas Metálicas Madrileñas, además de desplazar a los cohetes luminosos de marca suiza empleados por la aviación española, que costaban veinticinco mil pesetas pieza, para vender los suyos al precio de cincuenta mil por unidad, sin tener las cualidades de los suizos, sino las de los triquitraques de ínfima clase —inmoralidad posible gracias a los buenos oficios de don Nicolás—, Manufacturas Metálicas repartió a sus accionistas, en el ejercicio de 1955, 39,60 pesetas por acción. Las acciones de Manufacturas subieron recientemente en bolsa. Tomando la cotización más alta vista por nosotros, que fué la de 248, resulta que aquel dividendo, dada esta cotización, equivale a un rendimiento del 15,96 por ciento.

¡Pobres accionistas! Se van a sentir abrumados por el peso de tanta rentabilidad.

Afortunadamente para ellos, la moralidad y los negocios son incompatibles. Donde prosperan los negocios está de más la moralidad y viceversa. Gracias a esta oposición y al cinismo, que es la dermis de los financieros, un embajador, que lo es por nepotismo, cuando emplea sus ocios en un Consejo de Administración, demuestra cuán provechoso es para una empresa industrial el tacto diplomático aprendido en la Embajada, como evidencia el fino y discreto acierto de la Providencia, poniendo los destinos de España en manos de un Caudillo que tiene hermano tan listillo como don Nicolás.

La lógica, la intranquilidad y la escapatoria. — Sin duda alguna, la Falange tiene un estilo propio para todas las cosas. Tiene una lógica y un sistema de ponderar netamente falangistas. Es así por lo que el sistema político dimanante de la Cruzada debe estructurarse jurídicamente no por «pura supervivencia, sino por una lógica histórica, por una mecánica histórica **que da más valor a lo que más cuenta».** Conforme a esta lógica, las pirámides de Egipto, que pudieran haber costado más que el Canal de Suez a causa de los medios rudimentarios de la construcción en tiempo de los faraones, tienen un valor superior al mencionado canal. También por haber costado mucho más, la segunda guerra mundial vale mucho más que los descubrimientos de la radiotelefonía, la televisión y los antibióticos en junto, incluso si ponemos al lado de éstos los progresos de la electrónica. La guerra civil española, por haber costado más de un millón de muertos, innúmeras destrucciones y un desvanecimiento negativo de la actividad cultural y económica de la nación, vale más que el descubrimiento de América o el primer viaje de circunavegación, prueba práctica de la redondez de la Tierra. Franco, como jefe de Estado, que tanto ha costado al país, vale más que Lope de Vega, Cervantes y Cajal juntos.

Así es la lógica falangista, la que emplea el director de «Arriba» en su editorial del 24 de mayo. Es una lógica al servicio de la Cruzada. Para dar a ésta todo el valor que el francofalangismo desea, es menester poner al servicio de ella una lógica que no se parezca en nada a la que enseñaba Besteiro en la Universidad Central.

Siguiendo el ilógico razonar del señor Herraiz, «los desasosiegos que, dentro de una suprema calma, siente el régimen...», no son desasosiegos, porque si lo fueran ¿cómo pueden estar «dentro de una suprema calma»? La calma y el desasosiego no son marinos de un mismo barco; pero ¿qué importa? Para eso están las paradojas, y al señor Herraiz le ha dado ahora por ser paradójico. En efecto, puede haber esa calma siniestra que engendran todas las dictaduras. Calma física, exterior, temporal y aparente. Tras la quietud física de un pueblo al que le está vedada la libertad de protestar, hay todos los desasosiegos fácilmente imaginables. Pero no es a esa **desasosegada** calma a la que alude el señor Herraiz, pues, además de que ya tiene más de movimiento irritado que de apacible calma, como lo han demostrado los estudiantes de Madrid y los huelguistas de Vasconia, Navarra, Barcelona y Valencia, que también en Valencia hubo huelgas, a lo que alude el director de «Arriba» es a ese terrible temblor que reina entre los mismos falangistas. Es el temblor que el invicto Caudillo siente al pensar que España resucita, despierta de la angustiosa pesadilla que empezó en julio de 1936. Es un despertar que, en el mejor de los casos, para no mentar ni el de Benito ni el de Adolfo, puede tener como epílogo el inquieto destierro de Juan Perón.

La evasión de capitales por todas las vías o valijas diplomáticas seguras, o es preparación premeditada de la evasión de las ratas falangistas, o signos capitalistas premonitorios de lo que la historia de España le prepara al Caudillo.

No sabemos si el Caudillo se encuentra en el grupo de las ratas o de los signos capitalistas premonitorios. Posiblemente, dotado del doble sentido olfatorio de unas y otros, se escape como una rata capitalista.

Rodrigo Royo en París. — Rodrigo Royo, el periodista «à la main tendue», ha sido trasladado de Nueva York y Washington, puestos de primer orden, a París. De viaje de Norteamérica a París hizo escala en El Pardo para visitar al Caudillo y recibir reprimendas, elogios o instrucciones —¿cómo saberlo?— antes de ir a ocupar su nuevo destino.

Rodrigo Royo apostó a que las NN.UU. admitirían a la tiranía franquista. Rodrigo Royo chocó su mano con la del representante soviético en la ONU y con la de Truman, sin contar la de otros muchos diplomáticos árabes e hispanoamericanos, excesivamente inclinados a ser corteses y zalameros con los representantes franquistas. Pero Rodrigo Royo, según la murmuración, chocó con el embajador Lequerica cuando éste lo fué en Washington. Por este choque, al volver el diplomático vasco a Norteamérica, Rodrigo Royo ha descendido de la corresponsalía norteamericana a la parisiense.

Así es lógico suponerlo; pero ¿quién sabe si el Caudillo querrá utilizar al periodista de «la main tendue» más por sus cualidades de diplomático correveidile que por su pluma? Como en él no concurren las cualidades de Castrovido, pese a los melosos elogios que «Arriba» le discierne, la determinante de su destino debe ser sin duda su cualidad de correveidile.

Por correveidile perdió Nueva York. Quizás por correveidile haya ganado París.

J. B.

Homenaje a Galíndez en Buenos Aires

Buenos Aires, junio (Ope). — Al cumplirse los tres meses de la desaparición del profesor Galíndez, se celebró un homenaje en su memoria, que, por cierto, fué el único acto público autorizado en aquellos días en que todavía regía la ley marcial.

Este acto, organizado por la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, fué presidido por el profesor de la misma, profesor Roberto F. Giusti, que explicó la significación del homenaje y presentó a los oradores.

El primero de éstos fué el señor Basaldúa, delegado del Gobierno vasco, quien recordó su amistad entrañable con el desaparecido y defendió su memoria, que el secretario de la Presidencia de Santo Dominguez ha intentado manchar asegurando estar dispuesto a publicar pruebas de la responsabilidad de Galíndez ¡en el asesinato de once obispos! «En nombre de mi pueblo —dijo el señor Basaldúa— vengo a recoger el guante sin importarme que esté ensangrentado. Aceptamos el desafío y emplazamos a quien corresponda a que nos presente tales pruebas.»

En nombre del Centro Republicano Español habló su presidente, don Antonio Hurtado, recordando la naturaleza del régimen dominicano, que conoce por haber residido allí, al igual que Galíndez; y estableció una diferencia fundamental entre el pueblo de Santo Domingo y sus gobernantes: «Para ese pueblo —dijo— toda nuestra admiración; para el tirano, nuestro vituperio.»

Silvano Santander expresó el deber de estar cordialmente al lado de los pueblos hermanos subyugados por regímenes despóticos, con objeto de darles el aliento que necesitan para reconquistar su libertad. Señaló a Galíndez como mártir de la causa de la libertad que empezó defendiendo en su patria y censuró la política de los Estados Unidos al apoyar militar y económicamente la situación imperante en España y consolidar la dictadura.

El profesor Américo Ghioldi recordó a continuación a Galíndez que fué su introductor en Columbia University e incluso su intérprete. Comparó su fin con el asesinato de Florencio Varela ordenado por Rosas y el de Trotzky dispuesto por Stalin. Y después de trazar una sentida semblanza de su desventurado amigo, dijo que la fe con que Galíndez abrazó la causa de la libertad servirá de ejemplo en todos los países de América.

D. Manuel V. Ordoñez, líder de la democracia cristiana, exaltó la figura de Galíndez, «arquetipo de un hombre que va apareciendo en número cada día mayor en América, porque por encima de las patrias que debemos defender, están los grandes ideales de libertad, democracia y justicia social, a los que debemos nuestro esfuerzo y también nuestras vidas».

Leyó las palabras iniciales del testamento de Galíndez («Soy vasco y cristiano») y las últimas en que pide que su cuerpo descanse algún día en su tierra patria. Dijo que «dos pueblos libres no deben permitir que se sienten en sus asambleas los Gobiernos que niegan la libertad, pues donde hay una libertad negada no es libre quien no puede levantarse a defenderla». Añadió que la muerte de Galíndez mancilla la libertad de los Estados Unidos y terminó señalando la fe de creyente que, como a buen demócrata cristiano, le movía a Galíndez a defenderla y la fe religiosa expresada en su testamento al pedir que Jaungoikoa le acoja en su seno.

El escritor colombiano Germán Arciniegas, ex ministro de Educación de su país, afirmó que el espíritu de Galíndez estará siempre en cada uno de nosotros y jamás morirá mientras haya un hombre que defienda los ideales que inspiraron al extraordinario luchador vasco.

D. Carlos P. Carranza leyó un gran número de adhesiones y, finalmente, el doctor Giusti propuso las siguientes conclusiones, que se aprobaron por aclamación.

1) Expresar al pueblo vasco, en la persona del doctor José Antonio de Aguirre, el profundo sentimiento por la pérdida de su representante y leal colaborador doctor Jesús de Galíndez, caído en defensa de la libertad.

2) Hacer saber a las autoridades competentes de los Estados Unidos la consternación causada en la opinión pública argentina por la inconcebible desaparición del delegado vasco, doctor Jesús de Galíndez, y solicitar de ellas que pongan el máximo celo en el esclarecimiento del inaudito hecho, de manera que se llegue a su debido esclarecimiento y se aplique la ley en todo su rigor a quienes resulten autores del crimen, única manera de satisfacer al clamor de los hombres libres y al espíritu auténtico del Continente americano.

N. de la R. — Damos esta reseña, escogida entre las de actos semejantes celebrados en otras capitales de América en los que ha vibrado la emoción producida en todo el mundo por la desaparición de don Jesús de Galíndez.

En Montevideo

El Día de los Trabajadores

La Agrupación del Partido Socialsita Obrero Español en Montevideo organizó, en los salones cordialmente cedidos por el Centro Republicano Español, un acto conmemorativo del «Día de los Trabajadores», que se llevó a efecto con brillantez, en la tarde del sábado 12 de mayo. Consistió en una armónica combinación de breves discursos alusivos, números de baile y canto español, y un chocolate final. Asistieron aproximadamente un centenar de personas.

Con los himnos nacional uruguayo y de la República española se inició el acto. A seguida el compañero Enrique Otero, que ocupaba la tribuna junto con el pleno del Comité Directivo de la Agrupación Socialista, de la cual es presidente, dijo las palabras de apertura, sencillas pero emocionadas, que hacían alusión a las luchas del proletariado, y, como símbolo personificado, a la figura señera del Socialismo español, «El Abuelo», Pablo Iglesias.

A continuación el compañero Fulgencio Iborra pronunció el discurso de fondo, que se resume como sigue:

No hemos podido celebrar este acto el día 1, por los motivos de todos conocidos; pero para nosotros, socialistas, este mes tiene también gran significación por determinados aniversarios. En 1879, el 2 de mayo, se fundó —prácticamente — el Partido Socialista Obrero Español, en una fonda de Madrid, calle de Tetuán, después de una comida que se llamó de «fraternidad internacional». El acuerdo fué firme, pero se tomaron las precauciones del caso, por ser una «organización ilegal»; las personas encargadas de concretar las aspiraciones del nuevo partido fueron: Pablo Iglesias, Victoriano Calderón y Alejandro Ocina, tipógrafos; Jaime Vera y Gonzalo H. Zubiaurre, médicos. De manera que, hace pocos días, se cumplieron los 77 años de la existencia de nuestro Partido.

Entre nosotros se encuentran aquí «trabajadores de todas clases», como dice el primer artículo de nuestra Constitución republicana; y han sido invitados trabajadores uruguayos y aun de algún otro país; pero este acto tiene carácter internacional. No obstante, es natural que, al ser la mayoría de los presentes españoles, nos acordemos más de aquellos asuntos que en el «concierto internacional» como españoles nos corresponde atender.

La primera vez que los socialistas españoles celebraron el Primero de Mayo, no fué en tal día, sino un 4 de mayo, por ser domingo. Fué una demostración obrera siguiendo el acuerdo del Congreso socialista internacional de París de aquel año 1890; es decir, hace 66 años. Hubo un mitin en el Liceo Rius, en el que habló Pablo Iglesias, y una manifestación, que puso en manos de Sagasta, jefe del Gobierno a la sazón, las conclusiones aprobadas en el mitin, lo que después llamaría Iglesias los tres ochos, a lo que se añadía: «paz sin armas» y «legislación social». No hubo desórdenes y este hecho tranquilizó a los burgueses, temerosos de que la demostración obrera fuese un pretexto para causar daños a personas y cosas.

El movimiento obrero ha tenido no sólo aspiraciones materialistas, como algunos ignorantes u otros mal intencionados dicen, sino un profundo sentido espiritual y de dignificación humana. El hombre, el obrero, no es, no debe ser, una simple máquina de producir, sino un ser pensante con derecho a la vida y también a la ciencia y la verdad.

No fueron siempre pacíficos ni fáciles los Primeros de Mayo de antaño: la mayoría de los que estamos aquí podemos todavía recordar cuando hacíamos huelgas y manifestaciones, a pesar de que las autoridades reaccionarias las prohibieran; casi siempre acababan por colisiones entre los obreros y las fuerzas armadas al servicio de la burguesía. Entonces el celebrar un Primero de Mayo era heroico, porque podía significar daños a nuestras personas o por lo menos la pérdida del trabajo, el paro forzoso por haber desobedecido a los «amos», como a sí mismos se llamaban los propietarios. Nos alegramos de que en muchos lugares eso ya no pueda pasar; pero no perdamos de vista nuestro objetivo; que no sea sólo una concesión que hemos conquistado a la burguesía, para que nos haga olvidar nuestro ideal de liberar de cadenas a la humanidad, cadenas en muchos sitios (en España el primero) cadenas de indignidad y menosprecio.

Nosotros no podemos conformarnos con limosnas: el espíritu organizativo de la clase obrera tiene que llevarla, y la está llevando, a convertir en materia de derecho lo que son meras concesiones o componendas; no podemos conformarnos con las escuetas migajas del banquete de la burguesía. Y así, cuando alguien se extrañe de nuestra actitud simplemente porque no se ha parado a pensar nunca en el problema social y en las inhumanidades que el no resolverlo implica, podremos decirle, como Francisco Giner de los Ríos, la frase que «el Abuelo», nuestro Pablo Iglesias, pudo decir un día: «¡Sí, señor; cada día más rebelde y con la camisa más limpia!», con lo cual aludimos a la limpieza de conducta.

Aprovechemos este recuerdo para rendir un homenaje a Pablo Iglesias, el luchador infatigable por la causa de los obreros. El, al igual que la causa de la justicia social, continúan vivos dentro de nuestro corazón, y seguiremos por esa senda hasta el final.

Nuestro deber más inmediato, que es un imperativo vital, es enseñar a nuestros hijos, a los jóvenes todos, a que no se dejen engañar con distracciones o desviaciones de su deber social. Tienen derecho, nadie lo duda, a la diversión; pero ante ellos está el problema que deben ayudar a resolver. Digámosles que la verdadera felicidad, la felicidad moral, está en la felicidad de toda la humanidad, empezando por los que sufren, los trabajadores del mundo entero. Esta es una exhortación a todos los jóvenes, a los presentes y a los ausentes. Cada derecho implica un deber; aquello que recibisteis, aun siendo menguado, debéis cuidar que se acreciente, con justicia, para vuestros descendientes. La liberación del género humano depende de vosotros.

Dió final a sus palabras con la lectura del «Ideario del Partido Socialista Obrero Español», que desde la fundación de éste continúa invariable. Y a los acordes de «La Internacional» que bastantes de los asistentes acompañaron coralmente, se dió por terminada la parte rememorativa del acto, con los aplausos entusiastas de todos.

En la Conferencia Internacional del Trabajo

En la Conferencia Internacional del Trabajo, cuyas tareas se están celebrando en Ginebra, la semana pasada ha sido bastante movida por la discusión sobre la independencia de las organizaciones patronales y obreras, en nombre de las cuales asisten buen número de delegados.

Si del lado gubernamental se ha hablado con cierta prudencia de la posibilidad de colaborar bajo la forma de «universalidad», los representantes de los patronos y de los trabajadores de los países libres han sido más categóricos, declarando, de modo general, que resultaba imposible satisfacer a la vez el tripartismo y a la universalidad. La OIT, a juicio de éstos, debe estar compuesta exclusivamente de representantes de Gobiernos y de representantes de obreros y de patronos verdaderamente libres de toda dominación y de todo control gubernamental.

Ya la CIOSL y la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos habían presentado a la Mesa de la Conferencia, con fecha 8 de junio, razonados escritos en que se impugnaba la presencia y la representación de «delegados obreros» de países que viven en régimen comunista y la de los que dicen representar a España. Con referencia a estos últimos, se presentaban textos de leyes vigentes en este país demostrando irrecusablemente la inexistencia del derecho de asociación.

En las sesiones de la semana pasada intervinieron oralmente insistiendo con vigor en este sentido el delegado de los Sindicatos cristianos de Holanda, Ruppert; el de los trabajadores del Perú afiliados a la CIOSL, Arturo Sabroso, y otros más del sector obrero, entre ellos el secretario general de la CIOSL, Oldenbroek, cuyo discurso fué, desde luego, el más descollante. Hizo ver este compañero la necesidad de que tanto las agrupaciones patronales como las obreras gocen de plena libertad para ejercer sus funciones en la OIT, recordando que el nacimiento de esta Organización fué en realidad un esfuerzo del proletariado en demanda de sus derechos. Censuró el informe de McNeir por las lagunas que en él se observan, ya que reconoce que no se han podido obtener informaciones de la situación sindical y social en ciertos países. Propuso Oldenbroek que cuando los Gobiernos se nieguen a facilitar datos de esta clase, se consulte a las organizaciones sindicales internacionales, y reclamó que sin dilación se examine la situación en que se encuentran los trabajadores en los países ingresados en la OIT con posterioridad a la confección del informe McNeir, como es el caso de España y de Rumania. En nombre de la Internacional que representa ha pedido que para el ingreso sea condición indispensable que en el país solicitante haya plena libertad para elegir las delegaciones.

También ocupó la tribuna el representante franquista Martínez de Bedoya. Lo hizo poco después del delegado soviético Morosov, pero se guardó de enjuiciar la posición de los representantes comunistas. Bedoya clamó contra la «dogmática imposición del pluralismo sindical»; afirmó que el régimen de Franco «había sindicalizado el Poder», y se alzó contra el «minimalismo pesimista de viejos moldes» (!). Sus últimas palabras fueron para que la Conferencia se reafirme en su actitud de 1945 abriendo las puertas a todos los países deseosos de tomar parte en sus trabajos. (Una vez más han coincidido Madrid y Moscú.)

Cuando escribimos estas líneas, continúan todavía las tareas de la Conferencia. De todos modos, anúnciase ya que el problema que hemos relatado volverá a plantearse en la reunión que el Consejo de Administración del BIT (Bureau International du Travail) ha de celebrar en el próximo mes de noviembre. En Ginebra se ha pedido que este asunto sea estudiado por el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya y que este organismo presente un informe jurídico a dicha reunión.

Sociología original

(Viene de la primera pág.)

gura. Naturalmente, esto es característico de cualquier régimen capitalista, donde el explotador vive a costa del explotado. Ahora bien, en España el privilegio no se limita a los explotadores, que de cierto modo desempeñan funciones directivas en la producción, sino que se extiende a inmensa nube de parásitos provistos de credencial administrativa o vestidos de uniforme militar, a una colosal burocracia en trance de aniquilar al Estado y de devorar a la nación. En esa originalísima sociología, discurrida por Francisco Franco, jamás pensó Augusto Comte.

Indalecio PRIETO

Congreso del Partido Socialista Argentino

Para los días 27 de junio al 1 de julio está convocado el 41 Congreso nacional (31 Congreso ordinario) del Partido Socialista Argentino en la ciudad de Buenos Aires.

A estos fines, el Comité Ejecutivo Nacional tiene enviado un documento informe a todos los Centros socialistas del país que integran el Partido. El Informe constituye un enjundioso opúsculo impreso de tamaño 27x17,5 cm., 127 páginas, composición a dos columnas, dividido en una entrada y seis capítulos que llevan estos títulos: «Comité Ejecutivo Nacional», «Consejo Nacional», «Comisión de Prensa», «Documentos», «Organismos de colaboración» y «Federaciones socialistas», y contiene, aparte de copiosísima información de todo orden, texto íntegro de 64 documentos sobre los cuales se ha considerado conveniente proceder así.

El Comité Ejecutivo actual del PSA está integrado por 17 miembros titulares y 8 suplentes. Los titulares son: Alicia Moreau de Justo, Nicolás Repetto, Ramón A. Muñiz (secretario general del Partido), Alfredo L. Palacios, Jacinto Oddone, Américo Ghioldi, Guillermo Bonaparte, Manuel V. Besasso, María L. Berrondo, Julio V. González, Andrés Justo, Enrique Corona Martínez, José E. Soria, José E. Pfleger, Francisco Pérez Leirós, Emilio Carreira y Juan A. Solari. Los suplentes son: David Tieffenberg, Adolfo Rubinstein, Jerónimo Della Latta, Esteban F. Rondanina, José Luis Pena, Arturo L. Ravina, Francisco J. Passini y Haroldo H. Costa.

Apesar de las persecuciones del régimen tiránico de Perón, los compañeros argentinos que componen el Comité Ejecutivo Nacional lograron celebrar, desde el 16 de abril de 1953 al 23 del mismo mes del año 1954, cuarenta y una reuniones, es decir, casi cuatro sesiones mensuales. Desde el 26 de abril de 1954 hasta el 29 de febrero de 1956, el Comité Ejecutivo realizó sesenta y tres reuniones.

El PSA celebró su primer Congreso nacional ordinario los días 28 y 29 de junio de 1896 en la capital federal.

Deseamos a nuestros queridos compañeros de la gran República del Plata el más fructuoso acierto en sus deliberaciones.

SE DESEA CONOCER EL PARADERO . . .

Del compañero Robustiano Sánchez, que perteneció a la Sección PSOE de Rouen y que, después de estar desplazado en la región de la Costa Azul, se supone marchó a la República Argentina. Noticias al secretario de dicha Sección, R. Otero, 19, rue de la Liberté, Oissel (S. M.).

P.S.O.E.

Reunión de la Comisión Ejecutiva

La Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español se ha reunido el miércoles 20 de junio de 1956, examinando diversas cuestiones de trámite.

Los compañeros Pascual Tomás y Rodolfo Llopis informaron de los actos de fraternidad franco-española celebrados en Carmaux (Tarn) el 17 de junio, que estuvieron concurridísimos.

Dadas las circunstancias presentes, la Ejecutiva se abstiene de enviar un compañero al Congreso que la Departamental de Argel celebrará el 10 de julio.

Se examinó todo lo concerniente a la elección del Comité Director, y teniendo en cuenta que han sido devueltas algunas actas por no venir en debida forma y que alguna Agrupación de Hispanoamérica ha solicitado prórroga para votar, se acuerda advertir que las actas que no estén en poder de la Ejecutiva el 30 de junio de 1956 no se computarán para efectos de la elección.

La Comisión Ejecutiva, por último, examinó la situación de España, las perspectivas internacionales y las incidencias del llamado proceso de destalinización.

AURILLAC

Nuestro Grupo departamental PSOE del Cantal celebró junta general ordinaria en Aurillac en la mañana del domingo 27 de mayo.

Se aprobó el estado de cuentas. Leídas la correspondencia y circulares, se acordó comunicar a la Sección de Decazeville el resultado de nuestra votación para la elección de los vocales efectivo y suplente de esta zona al Comité Director del Partido, ratificando que nuestros sufragios son para los compañeros Juan Francisco Gómez, de Decazeville, como efectivo, y Juan Guerrero, de Albi, como suplente. En el movimiento de afiliados se registraron dos bajas por traslado. Se resolvió prestar nuestro mejor concurso a la labor de divulgación y propaganda que está realizando la Ejecutiva.

Quedó elegido nuevo Comité en la siguiente forma: Presidente, Juan Hernández; secretario, Eustaquio Bernedo; tesorero, Francisco Estévez. — **E. del B.**

AVIGNON

En reunión celebrada por nuestra Sección el 2 de junio, se procedió a la votación para miembros efectivo y suplente representativos de la Sexta Zona en el Comité Director del PSOE. Todos los sufragios se expresaron a favor de los compañeros Rosalio Donas, como efectivo, y Luis Hernández, como suplente. Ambos pertenecen a la Agrupación de Marsella. — **G.**

BURDEOS

Se convoca a asamblea general ordinaria para el sábado 7 de julio próximo en nuestro domicilio social, a las nueve de la noche.

Por la extensión e interés del orden del día se encarece la asistencia de todos los afiliados, así como la mayor puntualidad. —**El Comité.**

LYON

El Grupo Socialista del Rhône convoca a todos sus afiliados a junta general ordinaria que tendrá lugar el domingo 8 de julio a las 9,30 horas en primera convocatoria y a las 10 en segunda. En el orden del día constan: Lectura de circulares de la Comisión Ejecutiva; correspondencia de Secretaría; gestión del Comité; movimiento de afiliados; cuentas; ruegos, preguntas y proposiciones; elección de cargos por cese reglamentario y de Mesa de discusión, con carácter permanente para un año.

El balance de cuentas estará expuesto al examen de los compañeros con una semana de anticipación en nuestro local (SFIO, 10, rue Bellecordière), así como las proposiciones de orden general tanto del Comité como de los afiliados. Los compañeros suscritos a EL SOCIALISTA no recibirán convocatoria por correo. Dado lo copioso del orden del día, se ruega a los afiliados la más puntual asistencia.

TOURS

Nuestra Sección celebró asamblea general el 27 de mayo en la Permanencia de la SFIO. La Mesa quedó formada por los compañeros Torvisco, presidente, y Montes, secretario.

Se aprobaron los siguientes asuntos: las gestiones de Secretaría, Tesorería y SDE desde el 18 de marzo hasta la fecha; borrador de carta para enviar, cumpliendo el acuerdo del VI Congreso del Partido, a los afiliados dados de baja voluntariamente, recordándoles el deber de reintegrarse a nuestras filas; los resultados y las intervenciones de los actos realizados con el concurso del Partido, la UGT y las JJ.SS. los días 14 y 30 de abril y 1 de Mayo en este departamento; felicitar al compañero Luna Cortés por la reparación que se le ha hecho de un error policíaco; dar el pésame al compañero Gorrochategui por la muerte de su hermano; y otros asuntos de menor importancia.

Se comenzó la votación para elegir vocales efectivo y suplente al Comité Director del Partido, cuyo resultado definitivo comunicaremos próximamente, pues esperamos papeletas de sufragio de los que no pudieron asistir a la reunión por vivir fuera de Tours o rezagados por otras causas justificadas.

La asamblea acordó también, por unanimidad, felicitar a la Ejecutiva por la organización y el resultado del gran mitin internacional verificado últimamente en París en favor de los heroicos huelguistas españoles. Conforme a acuerdo inmediato de la asamblea, se empezó a recaudar cantidades para ayudar a aquellos admirables huelguistas.

Seguiremos cooperando con la mayor intensidad que nos es posible a la labor especial de divulgación y propaganda que esta temporada viene desarrollando la Ejecutiva.

Como en el cementerio de Tours se da sepultura gratuita durante cinco años, transcurridos los cuales, si no se quiere que los restos vayan a la fosa común, hay que pagar el terreno, por suscripción entre los afiliados del departamento, tanto de la UGT como del PSOE, se ha costeado la compra del terreno donde está la sepultura de nuestro querido compañero José López Conde (q.e.p.d.). - **C.L.**

PSOE y UGT DE ARLES

La Sección PSOE de Arles convoca a todos sus afiliados a reunión que tendrá lugar el domingo 1 de julio a las nueve de la mañana. El Comité hace saber a los compañeros que entre los asuntos que se van a discutir figura el del compañero Gil. Obrando en poder de este Comité correspondencia y orientaciones de nuestra Comisión Ejecutiva, es indispensable que todos hagan acto de presencia para que sepamos a qué atenernos respecto a las tramitaciones del Office Français des Refugiés et Apatrides.

A continuación se reunirá la Sección UGT que tratará cuantos asuntos tiene pendientes. — Por los Comités: **Ulpiano Alonso** (PSOE), **Eloy López** (UGT).

Contrastes en el tiempo

Moriscos, «cristianos» y mozárabes

DON Francisco Barnés, catedrático de Historia del Instituto Escuela, presentaba siempre a Toledo como un símbolo de la tolerancia; sabía desmenuzar su erudición de tal manera, don Francisco, adornándola con un lenguaje cálido y armonioso, que sus charlas, verdaderas conferencias improvisadas, en vez de caer sobre sus alumnos como lo que en léxico estudiantil suele llamarse un «tostón», constituían lecciones tan amenas que difícilmente se podían olvidar.

Hablaba aquel docto profesor de cómo en Toledo convivieron durante siglos, mozárabes, judíos y moriscos, conservando cada grupo étnico sus leyes, costumbres y religiones respectivas, y añadía que este encanto quedó roto en el reinado de los Reyes Católicos, empeorando mucho más la situación la torpe conducta de Carlos Quinto al poner empeño en convertir por la fuerza a los mudéjares, traicionando el juramento prestado ante las Cortes de Aragón y provocando una revuelta, que se saldó con la huída de una parte de los derrotados, mientras que el resto era bautizado a palo limpio en tanto que se clausuraban sus mezquitas.

Mas don Francisco era hombre que acostumbraba a conducirse de acuerdo con sus ideas y no se conformaba con cantos litúrgicos a la tolerancia: en cierta ocasión, precisamente en Toledo, al entrar en la catedral y ver que se celebraba una misa en la capilla mayor, aconsejó a sus alumnos que, puesto que estaban en casa ajena, por respeto a las creencias de los allí congregados, todos estaban en el deber de, al atravesar la nave principal, hacer la reverencia acostumbrada; si bien hizo la aclaración de que si alguno estimaba que con ello hacía dejación de sus propias convicciones, podía quedarse fuera del templo sin incurrir en falta escolar. Figurábamos en aquel grupo hijos de algunos hombres muy conocidos, de esos que por todo atributo religioso lucían un rosario de excomuniones contraídas, lo diremos con la palabra de moda, en cadena; ni uno solo abandonó el cortejo porque las lecciones de civismo eran moneda corriente en aquel Instituto y porque, si París bien vale una misa, el patrimonio artístico de la catedral de Toledo, explicado por Barnés, valía misa y media.

Como si aquel día estuviera destinado para lecciones de convivencia, a la hora de salir y como suele ocurrir cuando no lleva uno paraguas, comenzó a llover con tal saña que nadie se atrevía a desafiar los elementos, con gran desesperación de estómagos juveniles que nada entienden de aguaceros cuando llega la hora de comer. Salvó la situación un religioso, a quien por su edad suponemos debía tener autoridad para disponer, pues que de distintivos eclesiásticos sabemos muy poco, rogándonos nos quedásemos a comer nuestra merienda en los bancos situados en el claustro. Era todo cuanto podía ofrecernos, y era mucho, en un día como aquél. Pagaba el religioso al laico con verdadera moneda cristiana, completando el cuadro del respeto con la ayuda mutua entre hombres de credo diferente; lecciones grandes, tan grandes como el San Cristobalón pintado en el muro que presidía el caso.

Eran tiempos en que esas escenas se hacían posibles porque aún no se haba levantado el perjuro espadón para cortar España en dos mitades, y los hombres se entendían sin hablar otro idioma extraño al buen castellano; aún no había nacido ese engendro de la «hispanidad» que se llama la dialéctica de los puños y de las pistolas.

Zurcimos estos recuerdos porque Toledo, antiguo museo de la tolerancia, ha pasado a ser la galería de la calamidad nacional donde se exponen unas cuantas reliquias de odio y desde donde se arroja una lluvia de piedras y cieno contra los que por tener las manos atadas no pueden defenderse.

No pasa por España visitante de marca al que no se lleve a ver las ruinas del Alcázar para hacerle escuchar, quieras o no, el disco de la despedida de Moscardó y su hijo y para obsequiar al huésped con un ejemplar de ese «TBO» impreso por los insurrectos. Si hubiera que recoger en discos las despedidas de tantos como fueron fusilados por ellos, antes y después de la victoria, no quedaría ebonita en España para contarlo; pero no es cuestión de discutir quién ha de llevarse la palma de la ferocidad, en cuyo sorteo llevarían los facciosos la mayor parte de las papeletas, con la agravante de haber sido ellos quienes destaparon la caja de los males; lo cierto es que los conflictos de pasiones debieran guardarse para dirimirlos en casa y no ofrecerse como muestras en una feria, olvidando que cada cuál tiene su Perico el ciego para cantar sus gestas y que el nuestro podría trovar un alcázar mayor que se llama Madrid, en cuya defensa, con otros muchos, cayó un hijo de Barnés, siendo recibido su cuerpo por Giral, su primo hermano, porque ambos hijos de ministros cumplían su obligación como un ciudadano más. ¡Ah, pero aquellos no eran muertos! Muertos, lo que se dice «muertos», sólo son los de su campo; «muerto» es el hijo de Moscardó cuya muerte airean tantos «Pericos». Diríamos, sin tratar de eludir posibles errores propios, empleando la frase de Larra, que tanto el uno como el otro cayeron en su media España, muriendo de la otra media. Fueron víctimas de esa epidemia que padecemos los españoles desde la primera guerra carlista: murieron de España, en vez de por España.

Esperábamos que con ocasión de la visita que a Toledo hicieron dos monarcas árabes, se les hubiera mostrado solamente, insistiendo sobre los recuerdos de tolerancia, la arquitectura morisca toledana, sobre todo en momentos en que tan necesaria es la convivencia entre árabes y europeos en este país. Bueno hubiera sido que en la puerta de Visagra, el Bab el Sara de los árabes; o en la del Cambrón, antigua Bab al Makara; o mejor aún en la Puerta del Sol, verdadera joya arqueológica morisca, se hubiera recibido a los visitantes con un cordial «marjebebik», palabra de bienvenida que tan bien comprendemos los que hemos saboreado la hospitalidad incomparable de que hacen gala los árabes (dejando de lado acontecimientos políticos de los que, por respeto a la casa ajena, somos meros espectadores). Pasemos por que no se les obligase a entrar en la catedral. (¡Qué ocasión para revivir los tiempos de los mudéjares, cogiendo por lo menos al último morito del séquito y echarle no más de un chorrito de agua bendita por el cráneo, padre Venancio.) Quedaban Santa María la Blanca, el Tránsito, el Taller del Moro y tantas otras cosas por enseñar; pero no se hizo así o si se hizo no se dijo, prefiriéndose avivar las brasas del rencor al mostrar la «cripta de los caídos» ante el silencio mahometano de los visitantes que por respeto también a la casa ajena, no han hecho ningún comentario. ¿Habrán ido los moros a España a dar lecciones? Algún príncipe ha aparecido en las fotografías mirando al techo, dando a entender, sin duda, que todo aquello le importaba un «carmús», vulgo higo.

Siguió un desfile de cadetes, futuros oficiales de un ejército que cuando no tiene en qué ocuparse, ocupa su propio país. Contrastaban las siluetas de dos jefes de Estado: el primero cubierto de medallas ganadas, no digamos dónde, porque para ironía basta con la del destino; el segundo, vestido de modesta chilaba, se adornaba con la palma de haber sido confirmado en su trono por la voluntad de todo un pueblo. En eso, también podía dar lecciones a don Paco.

Los nuevos mozárabes que compartimos el trabajo diario con los moriscos deseamos que entre todos, en este país, reine el espíritu de convivencia del antiguo Toledo. Si en nuestra patria mutilada una espada trazó barreras entre sus hijos, cada cual rinda cuentas a su conciencia, si la tuviere, de sus posibles culpas. Frente a la nuestra no tenemos por qué avergonzarnos ni arrepentirnos de hechos guerreros que nos impusieron los revoltosos; si acaso, reconoceríamos que en el campo republicano no se dieron todas en el clavo y alguna golpeó la herradura; aunque, si el mulo hubiera tenido el pie quieto...

Cide HAMETE

Casablanca.

De la España irredenta

Una receta para acabar con el régimen franquista

«Sí, señor, hace veinticinco años que sufrimos la primera suspensión que nos fué impuesta por un régimen y un Gobierno que nacieron bajo el signo de la libertad y, consiguientemente, de la libre expresión del pensamiento. Con esta suspensión el régimen, que tan fuerte y seguro se estimaba, barrió de un plumazo a la oposición, traicionando sus cacareadas esencias, banderín de enganche con el que sorprendieron a ingenuos e incautos.

»Sin más prensa que la incondicional, adicta por la suprema razón del «vaso y del grifo», de que habló el ilustre patricio don Antonio Maura, el Gobierno tuvo manos libres para el desafuero, que no para la práctica de una labor constructiva y patriótica.

»Nosotros estuvimos suspendidos hasta los primeros días de junio, imposibilitados de nuestro indiscutible derecho de opinar. Bien es verdad que los tiempos eran de pura democracia. Así, pues, ¡hasta el próximo mes de junio!...»

«Sevilla», 10 mayo 1956 (el antiguo «El Liberal» de Sevilla).

HE leído «esto» en el órgano de Falange de la capital andaluza. En menos palabras no se puede leer mayor desvergüenza ni desenfado. Sacar a la luz pública, recordar este hecho como una página de descrédito para la República, es, sencillamente, increíble y demuestra el poco seso de los periodistas de hogaño. Nuestra prensa, con su fárrago de doctrina concebida por el ministro Arias Salgado, no debe escribir nada que se relacione con la persecución a la prensa y a los que en aquel entonces la escribían, porque en realidad lo que ocurría era que cada cual llevaba al periódico sus ideas con la más amplia libertad, y la República toleraba (y ese fué un gran error, a más de otros) que se hiciese opinión adversa al régimen que surgió de la noche a la mañana, pues nos acostamos monárquicos y nos levantamos republicanos, sin una gota de sangre ni una truculencia. Fué un alumbramiento sin forceps. La podredumbre de la monarquía trabajó para los republicanos. Las gentes buscaron algo nuevo que las sacara de la ciénaga en que estaban con el lodo hasta el cuello.

La República fué buena. Las derechas se vieron desbordadas por el ansia popular y no les quedó otro camino que el de la intriga, la provocación para que el pueblo se hiciera justicia incontrolada, para desprestigiar al nuevo régimen. Y entonces vinieron los ataques descarados a las instituciones, en la prensa y en los púlpitos, y la República tuvo que ser severa y aun con todo lo fué con guante blanco.

Que exhume «Sevilla» falangista la suspensión de su periódico acaecida hace veinticinco años es lo mismo que si el Vivillo (y sentimos la comparación por este malhechor), se nos viniera con el recuerdo de su primer encarcelamiento por la Guardia civil para desprestigiar a este cuerpo armado. «El Liberal» de Sevilla fué suspendido por atacar a la República, y eso después de muchas advertencias hechas por las autoridades. Y volvió a publicarse y ninguno de sus redactores fué a la cárcel y menos aún fusilado.

¿Cuándo el régimen barrió a la oposición? Los focos de oposición se multiplicaron como los champiñones. A pleno día se reagruparon y reorganizaron las derechas y los vendedores de los periódicos falangistas anduvieron a puñetazos con los de izquierda. Las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista se fueron nutriendo con individuos de derechas azuzados desde las sacristías y se conspiró llevándose la tea de la sublevación a los cuarteles por los militares desleales. ¿No queremos acordarnos de aquellos partidos políticos que se negaron a jurar la Constitución republicana? ¿Olvidamos que el más potente de estos llegó al Poder con un jefe republicano como editor responsable? No deben olvidarse estos pequeños «detalles».

¿Que la Reública borró de un plumazo la oposición? Las generacione actuales quizá se lo crean porque no están bien informadas, pero los que aún viven de aquella época no podrán admitir tamaña mentira. Es ahora cuando la oposición no tiene ningún órgano de expresión. Han desaparecido (y hay que afirmar que volverán a publicarse) aquellos grandes rotativos como «El Liberal», «Heraldo de Madrid», «El Sol», «La Voz», «La Libertad», EL SOCIALISTA, «La Vanguardia», «El Mercantil Valenciano» y otros más que representaban a la opinión pública nacional. Y no decimos nada de «El Debate», «Ya» y «ABC» porque son de la cuerda derechista que han aceptado el yugo, y estos dos últimos se publican orientados y vigilados por el ministerio de Información y Turismo. Los periodistas de ahora son bisutería y de la más barata, empleadillos de chichinabo, gentes que escriben llevados de la mano y que no dejarán sus nombres para la historia. Los periodistas de antaño eran oro de muchos quilates, oro de ley, hombres de talento que, a veces, con un artículo promovían una crisis.

¿Pero es que ahora se consiente el derecho de opinar? ¿Cuándo se promueven controversias periodsticas de las que afectan al interés de la patria? ¿Quién ha sustituído a los Zózaya, Fabián Vidal, Zamacois, Bueno, Rocamora, Lorenzo, Moya, De Haro, Luis de Tapia...? La lista es copiosa. Y conste que no queremos remontarnos más. A los que ahora les luce el pelo, están en el anonimato o son gentecillas de hato al hombro. Y quedarán olvidados como las flores de un día.

Con los periodistas antiguos se hizo una verdadera masacre. A los que cayeron en manos de la Falange se les colgó, se les arrastró por las calles, se les fusiló. Y a otros se les inutilizó para toda la vida. Pasaron hambre, y de ella murieron. De los que fueron al exilio, todavía quedan muchos con vida, y, por todas las latitudes conservan el amor a nuestra profesión y a España; y están siempre en estado de alerta para ofrecerse a la patria cuando la patria sea libre en un pueblo libre.

¡Si el general Franco dejara a la prensa libre! Una docena de periodistas, tan sólo una docena de periodistas, pero periodistas sin «cartilla» como son los que comen por estos andurriales, son bastantes para acabar con el régimen franquista. Y se llevarían al pueblo detrás de ellos.

Pedro CRESPO

Madrid, 26 de mayo de 1956.

Por teletipo

CAUSAS DE MI SILENCIO

Madrid. — Las visitas ininterrumpidas con que me obsequiaron días y semanas los esbirros de la policía franquista han retrasado mis conversaciones con vosotros. No se ha perdido el tiempo. En mi forzado retiro pude hablar con algunos de los que ayer triunfaban cara al sol y hoy ocultan sus viejas camisas falangistas propagando verdades que ayer castigaron con furia selvática. Signo de los tiempos. Uno de ellos decía: «Un Estado nacido de nuestra ideología concreta y de la cálida sangre de los combatientes no puede admitir que se manipulen servicos del Estado lavándose las manos como Pilatos.» Si hablase usted en castellano —le contesté— diría que el llamado Estado falangista no ha salido desde su creación de las manos agresivas de rufianes y amorales.

———

«El capital —afirmaba uno de los cesantes— es un instrumento económico al servicio de la totalidad, no del bienestar personal de nadie. Los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, estos intérpretes materiales del mundo, son los verdaderos bolcheviques. Y con un bolchevismo de espantoso refinamiento: el bolchevismo de los privilegiados.»

Por haber dicho algo parecido a lo que acaba de decir, acompañado de razones humanas para el logro de una sociedad más justa y más civil, asesinaron ustedes con refinamiento salvaje a lo más sentido del alma española.

———

«¿Cuándo vamos a dejar de padecer la Universidad burocrática, fría y anémica que hoy nos desazona y a sustituirla por la Universidad maestra de saberes y de quehaceres, auténticamente formativa en la triste denominación humana, cultural y profesional que la juventud española necesita y exige?»

La respuesta es muy sencilla, les dije. En cuanto desaparezca el franquismo. Antes no.

———

«Nuestra revolución social consiste en desmontar el sistema capitalista en que vivimos.»

¡«Amos», anda..., pamplinero! Nunca vivió el capitalismo con mayores valedores que a la sombra de las falanges franquistas. Nunca fueron los obreros tan pobres y tan esclavos como lo son hoy. Por eso se declaran en huelga. Por eso aborrecen al régimen que les deshonra.

Por la copia, **Pepe LuIS.**

Letras de luto

Víctima de larga enfermedad contraída en el trabajo, el 20 de mayo falleció en Bollène (Vaucluse) nuestro estimado compañero **Rafael Ramonera.** Contaba 55 años de edad. Era antiguo militante de la UGT en Bilbao, barrio de Uribarri.

A su hermano Ricardo, residente en Bollène, y a su esposa, que reside en España, les expresamos nuestro más sincero y sentido pésame. — **A. G.**

Recientemente, y a muy avanzada edad, falleció el compañero **Juan Zaro**, de la Sección UGT de Bègles (Gironde). El compañero Zaro fué entusiasta afiliado del Sindicato de Practicantes de Baracaldo (Vizcaya). Concurrió buen número de compañeros a su entierro. Reciban sus hijos en España nuestro sentido pésame. — **El Comité.**

Nuestro querido amigo y compañero Matías Abando, de la Sección UGT de Bègles (Gironde), antiguo militante del Sindicato del Transporte de Madrid, ha tenido la desgracia de perder su querida esposa, recientemente fallecida. Muy sinceramente nos asociamos al dolor que embarga al querido compañero Abando, haciéndole presente, así como a sus hijos, nuestro sentido pésame. — **El Comité.**

UGT

TARBES

Por las presentes líneas quedan convocadas las Secciones de Hautes Pyrénées para el Pleno departamental que tendrá lugar en los locales de FO de Tarbes el día 1 de julio a las nueve y media en primera convocatoria y a las diez en segunda. Se dará a conocer la gestión del primer semestre. — **El Comité.**

AVISO

Entre 1940 y 1941 falleció, en la Haute Garonne según parece, Manuel Vidal Ruiz, que pertenecío a la UGT de Barcelona (ramo de la Alimentación). Se desea saber si alguien puede indicar el lugar donde está enterrado o le tratara en sus últimos momentos. Noticias a su hijo, Antonio Vidal, Chez M. Mas, Vars (Charente).

La España de Franco, vista por un "camisa vieja"

(Viene de la cuarta pág.)

nal de propaganda recogido por la policía, como prueba de una propaganda ilegal comunista, en las casas de seis a ocho conspiradores: dos libros de poesía lírica, dos o tres periódicos y revistas recibidas por correo, unos folletos de las Juventudes Europeístas de Estrasburgo, un libro de Koestler, el borrador de un poema algo subversivo escrito por su autor a los 17 años —esto no se dice pero yo lo sé— y jamás publicado, y unas fotografías de «niños pobres y tristes» sacadas por un fotógrafo argentino —esto no se dice pero conozco la prueba que lo determina— no en España sino en Italia, Francia y la Argentina. Doy por seguro que si se examinan el archivo y la biblioteca de un español cualquiera libre de toda sospecha, pero un poco curioso, aparecerá un arsenal mucho más comprometedor que éste, tan fatigosamente reunido.

Pero sigamos con la historia. Hay desde 1951 un diluvio de denuncias públicas y privadas sobre el peligro que la influencia de ciertos intelectuales podía representar para la «espiritualidad» universitaria. Se trataba sin duda de una astuta previsión, porque para aquellas fechas ya estaban denunciando algunas personas honradas que conocían el ambiente, el fracaso de los métodos de educación religiosa y política practicadas hasta el momento y la aparición de un clima inconformista y rebelde —que en principio yo considero muy saludable—, desnortado pero sensible, dentro de la masa estudiantil. Y yo diría que también fuera de ella. Con esas denuncias, si el futuro se presentaba turbio como era de prever, ya que quedaban configurados los futuros responsables o chivos expiatorios y resultaba ociosa la pena de cualquier acto de contrición general.

La tesis desde la cual se disparaban estas flechas de la inculpación anticipada era, ni que decir tiene una vez más, la de la nación sana y fiel frente a los contrabandistas de ideas nefandas. Los culpables de cualquier futura rebelión —cuyos brotes espirituales, repito, estaban en plena lozanía por aquellos tiempos— serían esos intelectuales «tolerados» y, en general, todos los intelectuales —salvo unos poquitos muy bien escogidos— del presente y del pasado. Los Unamunos, Barojas y Ortegas volverían a estar en la primera línea de la peligrosidad. Ortega sobre todo. Ortega ha sido como una «clave» en este caso. Y nadie ha reparado aún en la paradoja de que un pensador tan moderado, tan de orden, tan antidemagógico como él, haya promovido con su renovada influencia nada menos que una explosión universitaria de entusiasmo filocomunista. Pero esto es lo que necesitan para justificarse una sociedad injusta y culpable, un sistema político corto de recursos y toda la casta de los mediocres intelectuales. Da rubor hablar de estas cosas.

Muchas de esas denuncias procedían de círculos intelectuales consagrados a la práctica de la intriga y del mangoneo, en los que se quieren emular los métodos y sustituir el influjo de la vieja Institución Libre de Enseñanza, a la que odian y admiran por igual, y contra cuyos antiguos miembros o simpatizantes hacen una guerra a muerte. Como aquella institución —pero imitando el sectarismo y olvidando la suficiencia y el auténtico amor por la cultura que aquélla tuvo— quieren copar las cátedras, monopolizar los intercambios y publicaciones y tomar los puestos del gobierno cultural. Como los fines son santos —la defensa de nuestra religión y de la genuina tradición española —todos los medios valen. Lo único grave es que este ambiente «intelectual», no ha dado a la vida intelectual española —salvo dos o tres hombres valiosos— más que un conjunto de nulidades. Pero lo que no puede hacer la calidad lo hará la táctica.

¿Pánico gubernativo o aprovechamiento de la ocasión?

Sólo dos meses antes de los sucesos, la «conjura comunista» estaba perfectamente prevista y definida en una correctísima denuncia, llegada a varios despachos ministeriales, con todos los nombres, pelos y señales. La policía no ha tenido que hacer sino seguir el esquema que allí se le brindaba. Yo he tenido el honor de luchar polémicamente contra esta campaña de acusación a los intelectuales, de proceso a las ideas, de recelo contra la inteligencia, de miedo a la competencia, de odio a la libertad, hasta que sus más poderosos aliados —los dictadores de la opinión— me cerraron la boca. Con la boca medio cerrada he seguido aún en mis trece. Y sigo ahora.

En cuanto a la Falange, ha sido el despecho la causa de su reacción; la juventud se le ha ido a la organización oficial de las manos; los propios cuadros del Frente de Juventudes rezuman inquietud, hipercrítica, descontento. Y el SEU (Sindicato Español Universitario) se va quedando desierto. Va dominando en la Universidad el tipo de joven que, por todo lo dicho, no puede ya ser heredero, depositario y, menos aún, militante sumiso. Por otra parte, en la vieja masa falangista un tanto aburguesada, derechizada, conformista, ha ido penetrando el recelo anti-intelectual proverbial en lo más grueso de la derecha española, donde se piensa que esas gentes volteadoras de ideas, fabricantes de ideales, ejercitantes de la crítica, exigentes y desasosegadas, vienen a perturbarlo todo y son incómodas.

El clima de una total intolerancia estaba preparado por todas partes cuando los estudiantes cometieron la osadía de pedir unas reformas. Lo que pasó lo sabe todo el mundo. Apenas recogidas las firmas de la petición, los jerarcas del SEU —me consta porque tuve noticia indubitable de ello— dieron la consigna de oponerse a esa pretensión y de «promover incidentes para que pudiera intervenir la policía» y eliminar de la Universidad a los promotores de la que pudiéramos llamar pacífica agitación. Con aprobación del ministerio de la Gobernación se dió orden de concentrar en la Universidad misma a los militantes de cualquier edad que se encontraran a mano para dar una lección a los estudiantes. Parece también que se usó de una pequeña trampa —un supuesto maltrato a algún símbolo— para lograr la reacción. Al día siguiente los estudiantes se manifestaron en señal de protesta y chocaron en su camino con un grupo de la Falange juvenil que venía de un acto oficial. Aún sigue en el misterio la procedencia del disparo que hirió a uno de los jóvenes falangistas y la de los que hirieron a algunos otros estudiantes. No corría prisa esclarecer estos hechos, sino aprovechar la circunstancia. La especulación que, desde entonces, se ha venido haciendo con la desgracia del joven Miguel Alvarez es una de las cosas más tristemente inhumanas que hemos conocido en los últimos años. Se pretendió que esa herida sirviera para todo: para suprimir ministros inconvenientes o rectores poco gratos, para «limpiar la oposición», para revitalizar el partido, para otorgar, acaso, la futura presidencia del Consejo de Ministros a un gobernante enérgico, para reinstalar al Opus en el poder y al SEU en la Universidad.

Aquel día se soñó en una «noche de los cuchillos largos» y en un entierro popular y sangriento. Fuí avisado de que mi modesto cadáver, convenientemente magullado, era uno de los que debían aparecer al día siguiente en el depósito judicial.

Yo no sé si en aquel momento se perdieron los nervios y recorrió por la espina dorsal del aparato gubernativo una corriente de pánico o si entró a funcionar un plan fríamente meditado para el aprovechamiento de la ocasión. Los promotores y organizadores de la modesta petición estudiantil fuimos detenidos, incomunicados y puestos —nueve días después— a disposición de un juez que nos procesó por reunión ilegal y otros conceptos delictivos. Fué entonces cuando vino la campaña de prensa acusadora —en un clima de «a por ellos», propio de los mejores momentos revolucionarios—, y la supresión de garantías. Numerosos estudiantes conocieron los calabozos nada higiénicos ni confortables de la Dirección General de Seguridad y se produjo la pequeña crisis. Pero por si todo eso era poco alarmante, o como si fuera urgente justificar la desmesura de todo eso, comenzó a fraguarse el proceso de los antecedentes, de las infiltraciones comunistas, de la conjura de largo curso. Para empezar, y sin mejor examen, se pusieron en la picota, ante la opinión pública, los nombres de unos cuantos estudiantes cuya «probada filiación» no se probará nunca jamás, aunque la especie haya quedado sembrada para confortación de los leales perplejos, acobardamiento de los espectadores moderados y lección de los simpatizantes. Una protesta estudiantil no es grave y puede ser un estímulo. Pero un «complot» comunista es una amenaza muy seria y ¡eso no! ¡Todo menos que estos niños irresponsables vengan a jugar al juego de volver a empezar! Desde un punto de vista psicológico, la versión oficial era la más útil, acaso la única útil, para conseguir una repulsa de alguna extensión. Era tan útil que resultaba inmediatamente sospechosa antes de resultar completamente falsa.

Confusión de mala fe

Digo esto porque estoy absolutamente seguro —con un grado de conocimiento que no tiene ni la policía ni los informadores de prensa que, por otra parte, no me contradicen con sus conclusiones de hecho — de que en este asunto no hay ni ha habido otra cosa que la espontaneidad de un disgusto, autónomo, interior y justificado, que ha ido adquiriendo madurez, conciencia y perfiles de significación por sí mismos, sin que en ello haya intervenido ni el aparato del comunismo internacional ni ninguna otra fuerza organizada y definida. Niego absolutamente que haya un solo comunista, ni de filiación ni de convicción, entre los estudiantes detenidos y acusados. No hay ni siquiera filocomunismo apreciable. No niego que en la ideología todavía inconforme y mal ajustada de alguno de ellos, algunas tesis comunistas, pero privativas del comunismo, tesis redentoristas de carácter sentimental, ocupen un espacio. También lo ocupan de alguna manera en mi corazón y en cualquier corazón cristiano. Que el comunismo aparezca aún ante muchos como el amparo de los humildes estará justificado y lo seguirá estando mientras no haya quien dé muestras de querer sustituirle con seriedad en ese terreno. No vale seguir diciendo que liberal y comunista son cosas equivalentes porque tomar esa actitud niveladora sí que es cosa de comunistas, los cuales han hecho de la palabra «fascista» un compendio que incluye a todos sus adversarios, desde el aristocrático liberal inglés o el popular demócrata americano al partidario de Trotsky o de Tito. Cuando vivimos en el mundo en que vivimos, esa confusión es de mala fe.

Cuando el liberal demócrata y el comunista están cada día a punto de ser antagonistas en una guerra atómica, cuando en esa presunta guerra nosotros ya hemos tomado campo al lado del liberal, cuando todos los días se transcriben en nuestra prensa las objeciones que en nombre de la libertad se hacen a Rusia, no se está en condiciones morales de afimar, para uso interior, que el liberal y el comunista son equivalentes. Nuestro cinismo político no puede llegar a tanto.

Por otra parte, ahora, después de un mes largo de convivencia carcelaria, conozco con alguna profundidad a todos los jóvenes detenidos. A algunos los conocía ya bien. Que no hay entre ellos un solo comunista lo saben bien, cuando menos, los que tienen que juzgarles. Estos muchachos tienen, como corresponde, una mentalidad de información, abierta a la curiosidad por todas las cosas. Sienten muy enérgicamente —como ya he dicho— el llamamiento de la justicia. Sienten amor por la libertad. Creen en la cultura. Creen en España críticamente como yo mismo. Están dispuestos para cualquier llamamiento noble y claro: generosamente disponibles. Dotados de espiritualidad elevada, aunque algunos en crisis y dificultades. Que almas juveniles tan bien dispuestas sean tratadas tan toscamente, porque eso conviene para componer un cuadro, es cosa que subleva.

Todo lo que han hecho estos jóvenes es hablar con un cierto desparpajo contra las cosas que les disgustan o mostrar con sinceridad y valor sus devociones, o bien buscar un medio en el que fuera posible la presentación de la propia personalidad. Desde los «Encuentros entre la Poesía y la Universidad», celebrados por los años del 52 y el 53 puede apreciarse cómo el clima entre la juventud universitaria era siempre y generalmente de ansiedad para el futuro político, de crítica y disgusto por la situación presente y de curiosa incertidumbre por lo que se refiere al modo de actuar de los jóvenes y a la trayectoria ideológica que deberían elegir.

En la Universidad, y en otros encuentros análogos posteriores, el clima era aún más vivo, más mordaz, más exasperado. Allí, entre la masa universitaria, tan tensa de impaciencias políticas, tan preñada políticamente por la represión y el silencio, circulaban ya ideas confusas e incluso peligrosas, no diré extremistas, pero sí desde luego extremadas. La sugestión de todo lo prohibido, de todo lo proscrito, de todo lo oficialmente condenado, era la nota dominante en este aspecto.

Con muchos de ellos hablé de la situación espiritual de los jóvenes universitarios. De los peligros de encono y exageración que había en su silencio forzoso, de la conveniencia de encontrar modos un poco más sosegados y regulares de dialogar con ellos para que las ideas se pusieran en claro y las cosas en su sitio. A estas preocupaciones y sugerencias mías respondieron con una buena fe, una claridad y un deseo de comprensión y hasta de dirección excepcionales y de cuya sinceridad no puedo tener duda alguna. El diálogo que esclarece, mejor que el silencio que envenena, me ha parecido y me sigue pareciendo la mejor forma de tratar de convertir a la Universidad, no en la escuela de párvulos que no puede ser, sino en la escuela de vida civil que tanta falta nos hace. En un país tan aficionado a la violencia, a la demagogia, al mesianismo, al milagrerismo político, a la improvisación pasional, tratar de poner en el alma, imponer como hábitos de la juventud una afición al intercambio civilizado de opiniones, al coloquio razonador del que salen los acuerdos fecundos, es una necesidad absoluta; aunque no sea una necesidad fácil de satisfacer sin riesgos. No era el problema, no ha sido nunca para mí, el de reducir a los jóvenes a la obediencia o la fidelidad al régimen constituído. Si yo hubiera deseado tal cosa se me podría llamar estúpido. A mí lo que me interesa es el estado de conciencia y de mente con que las minorías españolas que estarán para madurar cuando el cambio sea inevitable, puedan y sepan afrontar ese trance con responsabilidad, con ideas claras, con ilusión por el plan de una convivencia justiciera, libre y patriótica y no por un desbarajuste pasional y demagógico.

Hacia una etapa dura, crispada y represiva

De la frustración de un Congreso de Escritores Jóvenes, nació el proyecto o la tentativa de solicitar la convocatoria de un Congreso de Estudiantes en el cual pudieran discutirse y estudiarse los problemas de la Universidad, demasiado complejos hoy para que el instrumento del SEU —tal como es— pueda darles solución. No se pretendía, en realidad, otra cosa. El proyecto de convertir la Universidad en escuela de vida civil, fué una vez más entendido por estos jóvenes con un espíritu de cordura y templanza verdaderamente esperanzador. Luego pasó lo que todo el mundo conoce, aunque lo conozca con las «necesarias» tergiversaciones. ¿Qué tiene que ver todo esto con una conjura comunista, con no sé qué consignas de Praga que nadie conocía y con no sé qué previsiones de Indalecio Prieto, con el que nadie tenía la más remota relación? Esto, claro es, no soy yo el que debe contestarlo. La policía y los ministros de Gobernación e Información no parecen estar respecto a todo esto mejor informados que yo, y acaso por ello siguen las detenciones y los procesos. Quizá con mucha suerte, y allá en la lejanía, aparezca al fin de la cadena el conocido de un amigo de la novia del conocido de otro amigo de uno de los «conjurados» que era el que realmente servía como enlace. Es cuestión de tiempo y de paciencia.

Pero mientras tanto, el Gobierno ha dado un espectáculo de confusión y temor que es difícilmente subsanable. El mundo ha conocido y comentado lo que todos sabemos. En España las opiniones se dividen entre una mitad de incrédulos y otra mitad de escandalizados, y el régimen amenaza quedarse enjuto en su puro y estricto esqueleto policíaco.

El recuento de esas consecuencias puede servir para que todos mediten. Convendrá meditar, sobre todo, en el tema de la desproporción entre la causa y el efecto a que antes me he referido. Que de tan poca cosa como era, en principio, una actitud estudiantil, haya resultado una verdadera crisis del sistema y un escándalo político de envergadura, es algo de lo que —de haber habido empresarios— podría decirse que «el éxito ha sorprendido a la misma empresa». De lo cual nadie dejará de tomar nota. Pero lo cierto es que el abultamiento de la cuestión hay que atribuírselo lealmente a los formadores de «ambiente de represión» en que el régimen ya estaba cuando los sucesos comenzaron, y a la docilidad —sea deliberada o incauta o resultado de una medrosa pérdida de nervios— con que algunos elementos del Gobierno hicieron el juego, que a estas horas no sabemos si es que al Gobierno le interesaba como expresión de su propia voluntad. Por lo que se refiere a la resonancia del caso, es evidente que su tramitación ha puesto de manifiesto la índole y la capacidad del aparato oficial tanto como la pérdida de confianza en él por parte de amplia zona de la opinión leal hasta hace no mucho tiempo, y su pérdida de crédito ante las naciones extranjeras.

Y, en vista de todo ello, ¿a dónde vamos ahora? ¿A consolidar ese resultado simplemente? Todos los síntomas hacen pensar que vamos a la etapa dura, crispada, represiva de que hablé en unas cartas dirigidas a los ministros del Partido y de Asuntos Exteriores, algo antes de que todo esto comenzara. O acaso no vamos, hemos llegado a ella, estamos en ella. Es la etapa de la línea divisoria. Había interés en acabar de una vez con tolerancias y debilidades, cortar por lo sano la crítica y la propuesta de reformas que algunos habíamos mantenido, e impedir las previsiones de futuro que algunos empezábamos a creer indispensable organizar dentro o fuera del sistema. El recelo, la sospecha, la indagación serán el pan nuestro de cada día, y si luego todo tiene que ser improvisación y desorden, eso es cuestión de luego, y no importa.

EL SOCIALISMO EN EL MUNDO

EN EL INSTITUTO INTERNACIONAL DE PRENSA

En Suiza se ha reunido últimamente el Comité Ejecutivo del Instituto Internacional de Prensa, y ha elegido como nuevo presidente a Oscar Pollak, redactor jefe del «Arbeiter Zeitung», diario socialista de Viena. Reemplaza en esas funciones a Eljas Erkk, redactor jefe del periódico «Helsinki Sanomat», de la capital de Finlandia.

El compañero Oscar Pollak es, además de lo antes dicho, miembro de la Ejecutiva del Partido Socialista austriaco y diputado al Parlamento de este país.

HERBERT MORRISON, DOCTOR «HONORIS CAUSA» EN CAMBRIDGE

El jueves 7 de junio le fué conferido en la Universidad inglesa de Cambridge el diploma de doctor «honoris causa» a Herbert Morrison, ex líder adjunto del grupo parlamentario laborista y ex ministro del Foreign Office del Gobierno Attlee.

Al propio tiempo se le otorgó igual distinción al célebre cineasta francés René Clair.

DONACION DE 200.000 PESOS ARGENTINOS

Buenos Aires. — El periódico «La Vanguardia», órgano oficial del Partido Socialista argentino, publica el siguiente suelto:

«Un grupo de ciudadanos se dió a la tarea de reunir aportes e hizo llegar estos días al Comité Ejecutivo la suma de 200.000 pesos con carácter de «contribución a la obra política y cultural que realiza el Partido Socialista». Respondiendo al deseo expreso de los interesados, no daremos sus nombres, pero se trata —nuestros lectores deben saberlo— de viejos amigos de esta casa, afiliados y simpatizantes, unidos al Partido por entrañables lazos de amistad y compañerismo fortalecidos a lo largo de muchos años. Algunos de los que integran el grupo de donantes han hecho llegar su valiosa ayuda en otros momentos y para fines y tareas que nos tocan muy de cerca. Hemos creído que, aunque velado al conocimiento público el nombre de los donantes, el gesto no debía ser silenciado, no sólo por la cuantía del aporte, sino principalmente por la consecuente lealtad al Partido de tan querido grupo de afiliados y simpatizantes. Al dar cuenta, pues, de la significativa contribución, deseamos sumarnos a las expresiones de agradecimiento que les hizo llegar el Comité Ejecutivo.»

EL DOCTOR REPETTO, EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS ECONOMICAS

Buenos Aires. — La Academia argentina de Ciencias Económicas ha elegido miembro de la misma, por unanimidad y junto con otros ciudadanos, a nuestro querido compañero el doctor Nicolás Repetto, cuya consagración a la vida pública durante más de cincuenta años lo destaca como una figura de excepción en la política argentina Hombre de ciencia en la más rigurosa acepción del término, eximio cirujano, la incorporación del doctor Repetto a la política obedeció a los mismos altos móviles que llevaron al doctor Justo (el difunto «padre» del socialismo argentino) a abandonar el bisturí por la tribuna, el Parlamento y el periodismo. Una profunda vocación por el bien público rigió la vida de estas dos nobles figuras que ya habían alcanzado no poca fama en el área de la Cirugía. El nombramiento del doctor Repetto como académico de Ciencias Económicas constituye un reconocimiento a su labor de hombre público y a su deber en el campo de una disciplina a la que entregó lo mejor de sus ideas y afanes.

Actividad Juvenil Socialista

ARLES

Esta Sección ha celebrado asamblea ordinaria el día 3 de junio. Presidió Ciro Alonso y actuó de secretario Fabriciano Alonso. Se tomó conocimiento de la correspondencia cursada y de las circulares enviadas últimamente por la Comisión Ejecutiva.

A continuación el compañero Lorenzo Piñas, que fué delegado de esta Sección al II Pleno Ampliado, dió cuenta de su gestión, haciendo una extensa exposición de las tareas del mismo. Resaltó el ambiente de compañerismo que reinó y el análisis claro y enjundioso que se hizo de la situación económica y política de España. La gestión de nuestro delegado fué aprobada.

Lorenzo Piñas hizo saber que se había abierto una suscripción permanente para hacer propaganda para España e invitó a todos los compañeros a que contribuyeran a ella con las aportaciones que les fueran posibles.

Se examinó la puesta en marcha de un Grupo artístico y se tomaron las medidas pertinentes.

PARIS

El domingo 27 de mayo de 1956, esta Sección juvenil estuvo representada en la manifestación organizada por la SFIO para conmemorar la Comuna de París. Una vez terminada la manifestación, fuimos a la tumba de F. Largo Caballero, adonde acudieron los Comités del Bund, Juventudes Socialistas SFIO y Estudiantes Socialistas, guardando después un minuto de silencio.

Imprimerie Spéciale de
EL SOCIALISTA
Gérant: R. DONAS
30, rue Sainte — Marseille

Director : Gabriel PRADAL
69, Rue du Taur — Toulouse
Tél. CApitole 25-22

EL SOCIALISTA

HEBDOMADAIRE

Administrador : Carlos MARTINEZ
31, Rue Général-Beuret - Paris (XV)
Tél. VAUgirard 56-85 - C.C.P. 6.300-48

Informe de Dionisio Ridruejo

LA ESPAÑA DE FRANCO, VISTA POR UN "CAMISA VIEJA"

Indalecio Prieto comentó en un artículo que ya conocen nuestros lectores el informe presentado a los miembros ponentes de la Junta Política de Falange por Dionisio Ridruejo, informe equivalente a un «mea culpa». Ridruejo parece haberse arrepentido del falangismo antes de haberse visto encarcelado por sus antiguos correligionarios, quienes no perdonan ninguna clase de herejías. Tenemos a la vista el texto íntegro de tan interesante documento, interesante por suscribirlo quien lo suscribe. Su gran dimensión nos veda reproducirlo enteramente, y ante semejante imposibilidad, optamos por recortar algunos pasajes que a continuación van insertos, sin que en ellos haya más palabras nuestras que las de los subtítulos, intercalados con el único propósito de romper la monotonía de la composición tipográfica.

No casa con mi idea de lo que debe ser una vida civilizada, el lamentable espectáculo dado por el Poder público a mi costa y a costa de otros inculpados y consistente en ponernos, por una parte, en manos de un juez y por añadidura en prisión gubernativa y anticipar, por otra parte, una sentencia sobre los hechos que han de juzgar los tribunales. Como no lo es tampoco la de definir públicamente nuestras ideas e intenciones cuando los así definidos no tenemos la menor opción a rectificar y poner a punto esta definición.

Mi caso se ha presentado ante la opinión —que es opinión meramente receptora— y aun ante los mismos gestores políticos de la situación, de una manera sumamente vaga. Por una parte parece que soy un pseudo-intelectual desorientado e ingenuo que ha servido — por vanidad— de instrumento a la intriga de unos jóvenes sumamente astutos. Sobre poco más o menos, una especie de idiota. Por otra parte aparezco en la lista de los corruptores intelectuales de la juventud, creador consciente o inconsciente de un clima de rebelión, de disipación espiritual, de desmoralización política y Dios sabe de cuántas cosas más. Una y otra versión no se concilian si no es acudiendo a una tercera más ajustada a la verdad. Y la verdad es que mis juicios sobre la situación presente e inmediatamente pasada de España, mi visión de los problemas nacionales, mis ideales morales para la política española —expuestos muchas veces ante los jóvenes pública y privadamente— han inspirado en muchos de ellos un movimiento de confianza, ya que no adhesión —pues yo no he ido nunca en busca de clientela—, suficiente como para que me hicieran a su vez participe de sus inquietudes, dudas e ilusiones; mientras que mi comprensión de estos problemas suyos, mi adivinación de su buena fe y de su limpieza de corazón, me ha hecho ocuparme de ellos con la mejor esperanza y ayudarles en sus tentativas que pueden resumirse en una: la de su presentación renovadora en la vida civil española.

Comprendo que es penoso y amargo que, una vez más, «la juventud más joven» sea nuestra principal esperanza. Ello viene pasando reiteradamente en nuestro país y da testimonio no sólo de nuestro temperamento adámico y discontinuo, sino de la mala salud general de nuestra sociedad. Pero es así y en todo caso —es un tópico repetirlo— la juventud es el porvenir, esa cosa que tan angustiosamente aparece hoy ante los españoles. ¿Y cómo se le va a pedir a nadie que se desentienda de eso para restar fuerza a la seguridad artificial y apuntalada de que disfrutamos en el presente? Una seguridad tan exterior, tan poco entrañada en la justicia, que se tambalea al menor soplo, sin otro recurso que el de la fuerza material y directa. Toda la propaganda alarmista que se ha prodigado en estos últimos días, sólo una cosa parece haber puesto en claro: que **esto** no se sostiene en ningún fundamento verdadero como puede ser la sólida estructura de la sociedad, la satisfacción pública o el alto grado de conciencia de los ciudadanos, sino en una armazón coactiva de mirame y no me toques a la que cualquier crítica puede alterar y a la que la más modesta de las frondas estudiantiles basta para poner en crisis. ¿Y es sólo esto lo que hay que defender sin más, a toda costa y mientras dure?

Antídotos del comunismo

Cuando se habla de peligro comunista, no se habla en vano, ya lo sé. Pero de esto hay que hablar lealmente o callarse. El peligro comunista no está entre nosotros en forma de conjura. Pregúntese a la brigada social de la policía española —que en esta ocasión no ha encontrado un comunista en buen uso a mil kilómetros de distancia— y contestará. El partido comunista no tiene, al parecer, en España una organización importante y sus pretendidas infiltraciones en el mundo juvenil son una fantasía indemostrada por ahora. El problema no es, pues, de una acción sino de una predisposición. Preguntémonos con lealtad qué realidades son las que de verdad se oponen a la expansión del comunismo. ¿La mera vigilancia policial? ¿Su mera exclusión como fuerza organizada? Que conteste Italia con el partido comunista más fuerte de Europa, brotado de repente después de veinte años de exclusión, de vigilancia y de propaganda doctrinal adversa. En Francia este peligro ya es mucho menor. En Holanda o en Alemania occidental es pobrísimo. En Suiza, en los países escandinavos o en Inglaterra es casi nulo. En América, nulo en absoluto. Y todo ello sin precauciones espectaculares, salvo la fugaz operación americana de los últimos años. ¿Por qué sucede esto? Porque un país es tanto menos vulnerable a la acción comunista cuanto más ciertamente reúne estas tres condiciones: elevado nivel de cultura, esto es, de espiritualidad consciente; buen nivel medio de vida con su consecuencia natural de acortamiento de las diferencias de clases, y nivel de conciencia ciudadana, que es como decir hábito en el ejercicio de la responsabilidad por parte de la mayoría de los individuos como cogestores —por tenue que sea el grado de vinculación práctica a la tarea— en la empresa pública. A estas tres condiciones debe añadirse, como consecuencia moral de ellas mismas, un amor generalizado por la libertad y, si se quiere el desideratum, un nivel de religiosidad alto y depurado. Con ello se tendrá el cuadro ideal de una defensa anticomunista.

¿Es éste el cuadro de la sociedad española? Quitando el nivel de religiosidad —objeto por otra parte de escandalosa inflación y muy cargado de fariseísmo—, todas las otras realidades son deficitarias. Con un grado de libertad interior y de educación ridículo, con una desigualdad social pavorosa que da niveles mínimos de vida deplorable y con un embotamiento de la conciencia ciudadana casi total — porque el español ha tenido siempre en grado mínimo esta virtud y porque el régimen persistente y reiterado de tutela o sustitución no le ha permitido ni exigido adquirirla o aumentarla, si no es de tarde en tarde y en tal caso para darla en administración a los demagogos—, España es, en efecto, un buen caldo de cultivo del virus comunista, como lo fué la Rusia de 1918 y parte de la Europa devastada por la guerra en el mismo tiempo.

Al comunismo no se le combate en serio con brillantes operaciones policíacas —y mucho menos si éstas van dirigidas cínicamente sobre comunistas inventados de nueva planta—, pues lo único que consiguen es atemorizar y crispar al país, sino reflexionando seriamente sobre tres temas neurálgicos: 1) El grado de libertad espiritual. Porque nadie puede en nuestro tiempo adquirir fidelidad alguna a lo que hereda o recibe coactivamente, sino sólo a lo que libremente elige, aun si se trata de la fe religiosa. 2) El grado de igualdad social. Porque nadie defenderá la estructura de un orden social en cuyas ventajas no participa y en el que juega el papel pasivo y sobrecargado de víctima de la holgura ajena. 3) El grado de conciencia, de educación y de efectiva participación y responsabilidad ciudadanas que es el que liga al hombre a su comunidad y a su Estado con vínculos de fidelidad. Porque quien no opina sobre los asuntos públicos, ni participa en ellos, ni es llamado a capítulo para nada, ¿cómo va a interesarse por el Estado que se convierte así en mero instrumento de exacciones y de coacciones, esto es, en un enemigo?

Conversión a la democracia

Ya comprendo que una política que preste atención a esos tres asuntos será en la práctica —y a mí las teorías no me importan ya demasiado— una democracia. Pues bien, no negaré que he llegado también a esta conclusión y la acepto honradamente.

Escribo la palabra «democracia» de una manera un tanto ecléctica y penúltima, sin superstición alguna y con pena de no encontrar a mano otra menos equívoca, puesto que yo no hablo aquí de ningún proyecto de imitación formal, sino de una suma de valores que nada prejuzgan sobre el tipo concreto de instituciones que deben encuadrarlos. Creo que con esa palabra se definen algunos contenidos imprescriptibles de nuestra civilización, tal como históricamente nos la hemos encontrado, y no supongo que expresa su desideratum.

Esos valores representan o suponen una mayor confianza en la razón humana que en la fuerza bruta; un mayor gusto por la libertad — en la que debe fundarse toda disciplina activa— que por la servidumbre pasiva y forzosa; más respeto por las cualidades y las funciones personales que por la situación heredada; una mayor confianza en el asentimiento general que en el capricho de unos pocos, porque, aunque siempre serán unos pocos los que deben conquistar el asentimiento general, la necesidad de seguir obteniéndolo será la mayor garantía de su moralidad y hasta, si Dios es bueno, de su mérito y eficacia.

Yo no creo que la democracia de la que deba hablarse sea tanto un principio o un sistema de ideas, como una condición histórica y un conjunto de adquisiciones prácticas, que se funden en los valores que hemos citado: un espíritu de libertad para la inteligencia, un espíritu de igualdad social y un ejercicio efectivo de la vida civil. Me parece que, respecto al momento de la civilización en que nos encontramos, viene a ser, en orden a la organización política, algo tan necesario como la utilización de las técnicas científicas lo es en el orden de la producción económica. Desde luego no se trata de una panacea de efectos milagreras, improvisadoras e inconscientes como somos nosotros, tendremos siempre el peligro de tomarla por tal. Cuando lo que sucede precisamente es que la cosa menos interesante del mundo sería la proclamación del repertorio clásico de los «principios democráticos», muchos de los cuales son tremendas inanidades.

El problema sigue siendo el de qué clase y qué grado de democracia sean posibles entre nosotros. Y cómo puede ser una democracia española —no desde luego la simple aplicación teórica de una democracia ideal— constituye un problema sobre el cual el diálogo nacional debería estar abierto. Porque lo que caracteriza más gravemente a nuestra situación es la de ser un camino que no va a ninguna parte. Y esto sucede porque nuestros gobernantes se han empeñado en proclamar que no vamos a ninguna parte puesto que ya estamos donde debíamos estar. Pero eso no es cierto por la sencilla razón de que en política, el estar es estar en camino hacia algo —planteamiento y previsión del porvenir—, pues hay un algo que ha de llegar siempre y se puede elegir entre ir conscientemente hacia ello o esperar dormidos —caminar dormidos— hasta que nos sorprenda. Las formas políticas no son metas, sino medios para ir a tales o cuales finalidades ideales y prácticas.

Atrofia de la conciencia ciudadana

Por otra parte la salida normal y en continuidad de una situación a otra se llama reforma. La salida menos cómoda, pero no del todo temible, se llama cambio de régimen. Una salida con ruptura de la continuidad, como un salto brusco en lo imprevisible, se llama revolución. Se trata aquí de saber si de nuestra situación —que es deficiente y promete pocos perfeccionamientos tal como es ahora— vamos a salir por una reforma, por un cambio o por una revolución. Mucho me temo que el hecho de que el régimen se declare a sí mismo perfecto y suficiente, y el hecho más sintomático aún de que trate siempre a los propugnadores de reformas o de cambios como aliados de la revolución, significa su voluntad de dejarnos en esa cruda alternativa que ya —según la leyenda— se le ocurrió proclamar a un rey francés, con el mayor éxito, por otra parte: «Después de mí, el diluvio.»

Sólo de mala fe puede negarse que la conciencia ciudadana de los españoles se atrofia día a día por falta de uso y que los modos de representación popular —no digamos los de opinión y crítica— son puras pamemas. Esta atrofia no sólo produce la grave atonía, disgregación y desentendimiento político que todos lamentamos y que nos tiene en el mayor desconocimiento sobre el humor y la orientación de nuestras masas, sino que las convierten a éstas, de paso, en el mejor, más seguro y más dócil de los objetivos de una futura y no imprevisible demagogia. ¡Ah!, pero despertar o tratar de despertar en ellas alguna forma de conciencia es un delito. Por otra parte, tal atonía — junto con la cerrada imposibilidad de crítica— lleva consigo, como es también visible, otras muchas secuelas de desmoralización en el orden general de la vida: baja moralidad profesional, baja moralidad administrativa, apicaramiento, hipocresía y otras mil lacras con las que uno se tropieza a cada paso.

No hay duda de que nuestro Estado —sumamente autoritario en todas las zonas débiles y de poca resistencia— es un Estado muy poco fuerte frente a los poderes efectivos de nuestra desarticulada sociedad. La corruptora supresión de la responsabilidad ciudadana, ¿quién la echa de menos mientras haya tolerancia para las pequeñas inmoralidades de cada día? Pero la disciplina enérgica de los medios de producción, de las riquezas empresarias o especuladoras, de los intereses creados, es cosa más difícil. Nuestro Estado elude cotidianamente esa responsabilidad. Así, la meta del nivel de vida satisfactorio — en la tierra, en la industria y en la propia administración— queda emplazada en el infinito.

Por lo que se refiere a la política cultural, el panorama es sobradamente conocido. El pandemonium ininteligible en que andamos metidos estos días, no parece obedecer sino a esta consigna tácita: «Por la libertad intelectual entra la peste.» La crispación del régimen en este terreno ha sido manifiesta de algún tiempo a esta parte. Si una revista desaparece, si un libro no puede publicarse o leerse, si la enseñanza superior se hace negligente o cae en manos de este o aquel inepto, o si la investigación gasta más en lo inútil que en lo necesario, si, en fin, ser intelectual o escritor es una credencial de sospechoso, ¿a quién le importa? Al Estado parece que no. A los españoles en general, temo que no demasiado porque a todo se acostumbra uno y especialmente a que no quede nadie que pueda exigir de nosotros mismos algo más de idealidad y algo más de rigor.

Conveniencia de un cambio

Frente a este panorama —compensado sin duda por otras cosas que no tengo que decir porque es lo único que tiene que decir la prensa diaria—, ¿qué cabe hacer? Si no somos unos insensatos, ante todo reflexionar. Si hemos reflexionado un poco, poner nuestro grano de arena en el remedio. ¿Es que no hay modo de ser un español activo y responsable si no es dentro del conformismo y la sumisión absolutos? Lo primero que se le ocurre a un español que no puede ser semejante cosa pero que no es un amante de las catástrofes, es aconsejar, implorar, exigir, las reformas que son indispensables. La rectificación que es urgente. Eso he venido haciendo —según los medios que mi reflexión y mi experiencia me iban aconsejando— desde 1942, cuando me aparté voluntariamente de toda función pública y de todo compromiso de partido, pagando, sin resentimiento, por la sinceridad de mi gesto, cinco años de extrañamiento forzoso.

Especialmente entre 1951 y 1954 —con la pluma y con la palabra — he insistido en la petición de reformas. En cierto modo pedía demasiado: casi invertir radicalmente los métodos de nuestra política. Estamos haciendo, decía yo, lo que más puede favorecer los vicios del hombre español. Se favorecen con métodos inquisitoriales en lo negativo y de mendacidad y rampionería en lo positivo, la atrofia de la libertad interior —que vale como decir la capacidad de fe viva y de entrega libre— en nuestros conciudadanos. Y por otra parte se favorece, con la negligencia más anárquica en materia económica y en materia de deberes sociales, su frenética incapacidad de solidaridad y disciplina.

Pero cuando hace poco he suscrito alguna de estas afirmaciones para la vida universitaria, resulta que con ello he cometido un delito. ¿Qué no habría sucedido si hubiese solicitado formalmente que se nos arbitrasen para la vida general del país algunas otras formas viables de democratización? Si desde hace algún tiempo me dije a mí mismo —y lo digo ahora sin tapujos— que me parece indispensable ir meditando sobre la conveniencia de un cambio, antes de que la revolución nos asalte y puesto que falta la voluntad de reforma, supongo que ésto será ya demasiado para que pueda tolerárseme. Pero en realidad las condiciones en que ese cambio —que sucederá, aunque sea en su tiempo natural— puede encontrar a los españoles, es mi mayor preocupación y la que me ha movido —incluso cuando más sinceramente esperaba la simple reforma— a no estar inactivo y a predicar lo que pensaba.

Yo me hice falangista a los 20 años. Diré, antes de que sea tarde, que entre los 20 y los 40 he tenido tiempo y derecho a hacer propias las ideas entonces meramente recibidas, a anotar mis propias experiencias y a profesar hoy convicciones no del todo idénticas a las de aquel tiempo. Aun pasados 20 años —y pasados en consecuente independencia—, recuerdo cuáles eran los ideales que ya entonces me parecían la médula de mi filiación: se trataba de que hiciéramos los españoles la patria de todos, sin excluir a nadie y sin que nadie viniera a ser en la práctica español de primera o de segunda. Igualándonos —sin merma de la jerarquía funcional— en la tarea y en los frutos. Y convocando en ello nuestra calidad de personas —con su libertad— sin reducirnos a números. El hecho de haber trabajado metódicamente en esta tarea, contra mi conveniencia, puede servir cuando menos de garantía a mi sinceridad.

A través de mi pensamiento, he cobrado amistad por otros espíritus españoles que ya habían tenido la visión completa y elevada de una España cuyo secreto consistía en tener que hacerla, pero hacerla materialmente: en su riqueza, en su trabajo, en sus instituciones, en su estructura social, en su vida intelectual y artística, en su eficiencia militar, por encima de toda disputa e incluso aprovechando la energía de las disputas: hombres como Ortega y Gasset, o Costa, o Menéndez y Pelayo o D. Juan Maragall. Siguiendo de algún modo su ejemplo, he procurado superar en mi espíritu y heredar en él cosas muy diversas, como el cristianismo fundamentador, el liberalismo, la democracia, el sindicalismo y el socialismo; elementos del diálogo de nuestro tiempo que un día quisimos sintetizar y acaso sea indispensable hacer dialogar de nuevo. Porque cuando todas esas cosas dialogan —esto es, no vociferan— y dialogan para algo, para llegar a algo —sea sintéticamente en un espíritu, esa abiertamente en una sociedad— resulta que cada una de ellas tiene tesoros que entregarnos.

Disipación del contenido falangista

En fin, con el espíritu hecho así y hecho, a la vuelta de los años, de comprensión, sigo pensando que los españoles han de ponerse a hacer España —no a que se la hagan— y pienso que la norma de la sustitución minoritaria irrevocable y permanente no es nada bueno para ello. La minoría lo es fecundamente mientras encabeza y dirige — es decir, lleva detrás— a la sociedad. Deja de serlo y se malea hasta la esterilidad cuando se limita a imperar sobre ella. Lo que el Poder político tiene que hacer no es lo que tienen que hacer las minorías; las minorías están detrás de aquél para exigirle y para relevarle en sucesivas experiencias. Cómo se articula formalmente esto no me interesa demasiado. Sólo sé que esto exige un cierto juego de variedad y por lo tanto una considerable largueza de libertad. Esta es mi variación: de mi fe en el mesanismo revolucionario a mi fe en el juego dialéctico de las oposiciones con el objetivo común del bien público.

¿Pero es que otros —y en algún modo todos los otros— no han cometido mayores cambios y si se quiere infidelidades? La verdad es que el contenido reformista del falangismo —en lo más profundo y audaz de sus expresiones— se fué al diablo hace tiempo sin que nadie o casi nadie haya convocado a las centurias para dar caza a los traidores. Por eso si se me pregunta por mi falta de fidelidad diré que, aparte de los cambios efectuados en mi propio espíritu y que están apoyados en la misma clave, es que no se trata ya de la misma cosa. Que esto de hoy no es lo de ayer. Y pongo en duda que eso sea solamente una subjetiva justificación sentimental. Cuando días pasados la Falange oficial se dejaba arrastrar a un choque con la Universidad y asumía en hipótesis el engorroso cometido de una represión contra los intelectuales, confieso que he sentido un desgarramiento penoso. Pero ha sido el último y no sería sincero si dijera otra cosa.

Si los destinatarios de este escrito no tienen un recuerdo fiel de su propia juventud, acaso no puedan comprender lo que está pasando ahora en España con los jóvenes universitarios. Esta generación —al menos tomada por sus cumbres— es peleona. Y lo es porque está poseída por la idea de que la situación en que ha de hacer su vida se la tiene que hacer ella por sí misma. Esta impresión será en el joven más o menos radical, según la situación se lo imponga de un modo o de otro, y tendrá una proyección social inmediata o esperará a proyectarse en su tiempo —a través del hombre maduro que en el joven se ha formado—, según las posibilidades u oportunidades que para ello se den. En una época y en una sociedad de ideales muy sólidos y unánimemente profesados y de estructura social muy segura, la cantidad de elementos recibidos que el joven puede rechazar será poquísima y su manifestación en cuanto puro joven casi imposible.

En las almas juveniles por lo general aparece hoy una mezcla de disgusto rebelde e ilusión en disponibilidad. Pero hay que preguntarse seriamente qué clase de información han recibido esos jóvenes sobre las cosas del pasado y del presente, sobre lo de España y lo de fuera. Qué ejemplos se les da desde los puestos más elevados de la sociedad. Y qué nociones, ideales y proyectos les comunican. Qué oportunidades de expresión, de ensayo y de diálogo se les pone al alcance de la mano. Y, en fin qué se hace con las pocas personas que consiguen despertar en sus corazones alguna esperanza o algún afecto. El joven no tiene dónde ni qué elegir —salvo que elija en un mundo presentado ante ellos como una película de buenos y malos—, entre lo impuesto y lo prohibido. Reciben al mismo tiempo una cantidad abrumadora de noticias falsas o interesadas, parciales o arregladas, según una supuesta conveniencia. Tenemos como ejemplo la consabida y absurda historia —tan prodigada —que presenta la imagen de una España saludable, homogénea, creyente, apetecible, perturbada y al fin destruida por la intromisión de unos cuantos malvados traductores de «ideologías extrañas» y corruptores de pueblos.

El dogma oficial, motivo de hastío

El peligro que una falsedad, sea la que fuere, tiene siempre para el alma joven, es el peligro de matar primero la confianza en quien la dice y luego de agotar la capacidad de fe. Un joven sometido a un régimen intelectual de nociones falsas e inexactas y a un régimen informativo de verdades a medias, acabará volviendo del revés todo lo que recibe: traduciendo automáticamente toda noticia a su contrario, ¿Cómo se les cuenta hoy a los jóvenes la historia de la República española o de nuestra propia guerra civil? Tengo alguna experiencia de ello y no sé si es más sorprendente la versión de los maestros o la conclusión de los discípulos.

Los jóvenes, con todo esto, lo único que acaban por adquirir es el hábito de mirar por el ojo de la cerradura, con la deformación consiguiente de la visión que tal forma de mirar lleva consigo. Siempre por el sistema de traducción explicada, resultará que sólo lo prohibido es lo que vale, mientras que el prolijo dogma oficial no es más que materia de hastío. Y luego viene el capítulo de las contradicciones, de los malos ejemplos, de las realidades que no casan con las teorías ni con las informaciones.

Si todo esto sucede en el orden intelectual y político, no sucede menos gravemente en el religioso. Que el sacerdote tienda a aparecer siempre en la línea de «los que mandan», es de un efecto apostólico deplorable. Una buena parte de la crisis espiritual de algunos sectores de nuestra juventud nace de esa inocultable realidad.

La realidad es que los jóvenes están a la espera. La conciencia de un porvenir ya no muy lejano que traerá oportunidades diferentes a las de ahora, los impaciente y los excita. ¿Hay que llamarlos a filas, reducirlos a obediencia y a silencio, mantenerlos en libertad estrechamente vigilada, o bien hay que darles armas y bagajes y una brújula sería para que puedan orientarse por sí mismos hacia ese porvenir que apetecen? Mi discrepancia con el Gobierno, o la suya conmigo, se ha producido concretamente en torno a este tema. Yo puedo no suscribir muchas de las opiniones que algunos de esos jóvenes suscriben provisionalmente. Pero fundamentalmente, por lo que se refiere a su protesta, a su impaciencia, a sus exigencias de libertad, moralidad y justicia, estoy con ellos.

Basta ese cuadro, entendido de buena fe, para explicar los sucesos que han ocasionado este tumulto sin recurrir a explicaciones folletinescas con conspiradores aviesos en la sombra. Pero no hay buena fe. Nos basta un caso para demostrarlo. Estos jóvenes y los de las hornadas anteriores, han tenido un maestro, uno entre los pocos que han podido contar, que ha consumido torrentes de paciencia y tolerancia y caudales de lealtad y de rigor en su tarea. Me refiero a Pedro Laín Entralgo. Entre otras muchas cosas —enseñar a leer al que no sabe lo que de todos modos ha de leer, proponer ideas nobles, hacer gratos y sugestivos la religiosidad y el patriotismo, centrar los impulsos de justicia, etc.—, él ha hecho, sobre todo, para los jóvenes, la gran propaganda de los deberes: el deber de ser honrados en las convicciones, competentes y celosos en la dedicación profesional, leales para con la verdad dondequiera que aparezca; rectos y puros en la vida personal, fervorosos y claros en la vida civil. Pero este hombre ha sido considerado en las esferas responsables —y antes en las capillas irresponsables donde se forman los caciques con capa de apóstoles— como un encubridor, si no el directamente culpable, de todas las «desviaciones» juveniles. Una vez más ni la realidad social deficiente, ni la educación gruesa, ni la información mendaz e interesada, ni ningún otro de los factores de la situación tienen nada que ver con la cosa. Hay unos responsables capaces de redimir a todos de culpa, y vamos tirando.

En estos sucesos se ha acudido una vez más al expediente perezoso y simplista de ignorar u ocultar las causas sociales, políticas y psicológicas de un malestar espontáneo, para buscar la explicación en una conjura de carácter ideológico y que —¿cómo no?— debe cargarse una vez más en la cuenta de «las ideologías extrañas», cuyos gérmenes infecciosos han sido transportados a la Universidad española por agentes preparados al efecto, al amparo de cómplices más o menos inconscientes. A los liberales y masones de otros tiempos siguen ahora —sin que los liberales dejen de tener su parte también— los comunistas. Lo único desconcertante es que, después de todo, después de los muchos, fatigosos y honrados trabajos de la policía, y después de los trabajos más arduos aunque menos probos, de algunos periodistas para novelar el resultado de las investigaciones de aquélla, los comunistas siguen sin aparecer por ninguna parte.

El caso de los estudiantes

Se nos ha dado una versión histórica del «caso de los estudiantes», pero también hay la posibilidad de hacer la historia de la represión que se ha llevado a cabo, la política y la policial, historia que nos permitirá preguntarnos si tal represión ha sido una respuesta o el aprovechamiento de una ocasión que se venía a la mano. Algo ha sido patente para todos: no hay correlación de importancia entre la naturaleza y el volumen de los sucesos y las consecuencias de los mismos.

Los sucesos se limitan, por de pronto, a una recogida de firmas para elevar una petición al Gobierno (no importa de momento la naturaleza de la petición). La réplica abarca todos estos extremos: envío a la Universidad de fuerzas de represión uniformadas y ajenas a aquel centro; proclamación en la prensa, a bombo y platillo, de un importante «complot» de inspiración comunista; meditación de una represalia general de tipo anárquico; detención definitiva y procesamiento de unas veinticinco personas y detención provisional de casi un centenar más; suspensión de las garantías personales del Fuero de los españoles: destitución de dos ministros y de algunas jerarquías académicas; aumento notorio de las precauciones policiales en todas partes y apertura de un proceso intranquilizador ante la opinión pública.

Si algunas cosas grotescas se han presentado ante la opinión pública, ninguna llegará a serlo tanto como la lista del tremendo arse-

(Pasa a la tercera pág.)

El temperamento español

Y algo de fantasía británica

Por Luis Araquistáin

HACE tiempo que deseaba escribir sobre un libro del inglés Víctor S. Pritchett, «The Spanish Temper» (El temperamento español), publicado en 1954; pero otros asuntos de mayor actualidad o importancia no me habían dejado hasta hoy vagar para ello. Mi deseo obedecía a un motivo personal. Es probable que, por interés puramente literario, nunca me hubiera ocupado de esa obra. No porque sea un vulgar libro de viajes, de los muchos que se publican constantemente sobre España. Al contrario, me parece excelente, uno de los mejores retratos que un extranjero ha trazado de nosotros los españoles. Pero se trata de un retrato bastante penoso, hecho con amor sin duda, pero sin disimular las imperfecciones del modelo, como acostumbran los grandes pintores realistas, los Tintoretto, los Rembrandt, los Goya. Pritchett pinta también con los colores de la verdad, y la verdad, grata para el observador distante u objetivo, suele ser casi siempre amarga para el retratado

Antiguo viajante de comercio, luego escritor, novelista, ensayista, crítico, Pritchett ha sido un turista frecuente, casi profesional, de España. La visitó por primera vez en 1920. Volvió en 1924 y escribió su primer libro sobre mi país, «Marching Spain» (España en marcha). Le atraía el paisaje castellano, que, según nos dice, «cambió su vida». Para Pritchett «España es la vieja y necesaria enemiga de Occidente. Ahí aprendemos lo que es nuestra historia invertida y vemos la vida al desnudo. Todas las hambres de la vida están allí afirmadas absolutamente». Le fascina lo elemental y perdurable del español. Y tal vez lo anárquico: con gusto repite la irónica sentencia evasiva de la España súbdita de la Edad Media y de todos los tiempos, frente a la autoridad y la ley: «se obedece y no se cumple». Quizá Pritchett, hombre primitivo también, como la mayoría de los ingleses, pero reducido a obediencia por la coacción de un Estado que hasta hace poco conservó la brutalidad de origen, como lo revela la historia de su derecho penal, siente con deleite renacer su esencia primaria al ponerse en contacto con la profunda y perenne anarquía española.

El caso es que otra vez va a España en 1935, y ya entonces observa que el «fanatismo de la derecha y de la izquierda está llevando rápidamente España a la guerra civil». «Esta guerra —añade— trajo horrores para los españoles y decepciones y vergüenzas para los extranjeros. ¡Ay del extranjero, de cualquier partido que sea, que se mezcle en una riña española creyendo que España es una prolongación de Europa!» Pritchett comete un error de perspectiva y lo que él cree una diferencia de geografía sólo es probablemente una diferencia de cronología. Bien europea en el sentido de Pritchett, bien pacífica internamente, era España en el siglo XVII, cuando Inglaterra hacía su terrible guerra civil moderna, y en el siglo XVIII, cuando Francia hacía la suya, no menos terrible. La tragedia de España fué que fracasara su gran guerra civil del siglo XVI, la de los comuneros contra el absolutismo, la primera gran revolución liberal de la Europa moderna, y que tuviera que esperar al siglo XIX y XX para reanudarla, cuando toda Europa (salvo Rusia y los países de la Europa oriental) habían cerrado ya el ciclo de las suyas.

No esperaba Pritchett visitar de nuevo España después de 1935, pero «la fuerza de atracción original era permanente», y aún vuelve en 1951 y 1952, para escribir «El temperamento español». En los pueblos franceses fronterizos, Bayona, Biarritz, San Juan de Luz, Hendaya, le sale al paso algo «profunda e inquietantemente español: uno se encuentra con los exilados». El exilio, la expatriación por motivos políticos o religiosos, es una constante de la historia española, casi única en la historia europea, salvo en la era contemporánea del fascismo y el comunismo. He aquí la imagen vivaz que Pritchett nos da de este fenómeno sin paralelo, si se exceptúa la diáspora de los judíos:

«España es la gran productora de exilados, un país que no puede tolerar a su propia gente. Moros, judíos, protestantes, reformadores: ¡fuera con ellos! ¡Fuera, en distintas épocas, los liberales, los afeos, los clérigos, los reyes, los presidentes, los generales, los socialistas, los anarquistas, los fascistas, los comunistas: fuera la derecha, fuera la izquierda, fuera cualquier Gobierno! Hendaya y Bayona están ahí para recordarnos que, antes de las dictaduras y de los Estados policías y los cazadores de brujas de la historia contemporánea, España ha sido imperial en la industria de producir exilados.»

Acaso la parte más severa del libro es la que este liberal inglés nos dedica a los exilados. «Estos expatriados —dice Pritchett— están amargados con frecuencia, pues han visto destruida y reemplazada la obra de toda una generación de educadores, reformadores, hombres de ciencia y artistas. Y como ocurre siempre que el destierro es demasiado largo, los exilados españoles están sin contacto o han echado raíces en otra parte.' En política, los exilados generalmente son más extremistas que las gentes de su condición en España. Estas desean olvidar la guerra civil y las espantosas pérdidas personales; en tanto que los exilados están fijos en el pasado. Más allá de las fronteras está el orgullo español; dentro de las fronteras está la concordia española y el temor de volver a empezar otra vez »

Pero la historia no se detiene nunca en su dialéctica de superar los contrarios. «La guerra civil misma —escribe Pritchett— fué una revolución que se les ha ido de las manos a los que vencieron y a los que perdieron: el molde o padrón de la aldea quedó roto con las matanzas, el exilio, los viajes, la huída a las grandes ciudades. En las regiones industriales como Cataluña, una nueva generación mira con respeto a los héroes de la guerra civil, que van envejeciendo; pero también con asombro y diversión. Esta generación joven acepta ávidamente la ruptura con la costumbre y las tradiciones.»

Tendría que citar buena parte de este libro penetrante como comprobación de que el español, ahora como siempre, continúa pensando, diciendo y practicando su clásico «se obedece y no se cumple». Pero ya es tiempo de que explique por qué me ocupo de un libro que, aunque fiel retrato de la España de los últimos treinta años y sobre todo de la presente, la interna y la peregrina, me duele por su veraz realismo en la parte alícuota que me corresponde como retratado. Me obliga a ello rectificar públicamente, por el propio Pritchett, un error craso e injurioso que él comete conmigo personalmente. Hablando de la cacareada generación de 1898 y sus continuadores y, después de mencionar los nombres de los novelistas, ensayistas y poetas más conocidos, escribe Pritchett: «A éstos hay que añadir los escritores políticos: Araquistáin, que se hizo comunista, y Maeztu, que se hizo fascista y fué ejecutado.»

Dudo que en lengua castellana nadie haya escrito tan voluminosamente como yo, desde su misma fundación en 1921, contra la Internacional comunista, contra un partido que pretende ser internacional, cuando en realidad sólo ha sido hasta ahora un instrumento al servicio de la Rusia soviética; y nunca una palabra en su favor. En otras circunstancias, yo hubiera sonreído desdeñosamente del error de Pritchett, como sonrío de otros semejantes. Pero el error aparecía en una edición de «The Spanish Temper» publicada en Nueva York —por la cual yo tuve conocimiento de ese libro—, o sea en un país donde el ser o haber sido comunista priva del derecho de obtener un pasaporte o un visado consular.

El error podía ser, pues, grave para mí si un día yo tuviera que viajar por los Estados Unidos. En suma, que puse el asunto en manos de un abogado. (Por cierto que el primer abogado de Nueva York a quien me dirigí fué el desventurado Jesús de Galíndez, cuya tenebrosa desaparición es uno de los mayores ultrajes al derecho nacional e internacional de nuestra época.) Mi abogado habló con el editor norteamericano de Pritchett y éste me escribió poco después desde Inglaterra una larga carta reconociendo su «egregio y lamentable error» —rectificado ya previamente en la segunda edición inglesa de su libro—, «disculpándose muy sinceramente», recordando los tiempos de sus primeras visitas a España en que yo había sido uno de sus «más apreciados mentores», e invitándome finalmente a almorzar en un restaurante de Londres.

Acepté sus excusas y las posteriores de su editor neoyorquino y ahí terminó el asunto, con esta nota pública, en cuanto a Pritchett. No tengo la menor duda sobre su buena fe. Pero si tamaño error o comete un hombre especializado en asuntos españoles y a costa de un hombre además que durante más de treinta años sin interrupción ha estado combatiendo la falsa Internacional comunista, ¿quién puede creer en la eficacia de la propaganda? Yo no creo ya desde luego.